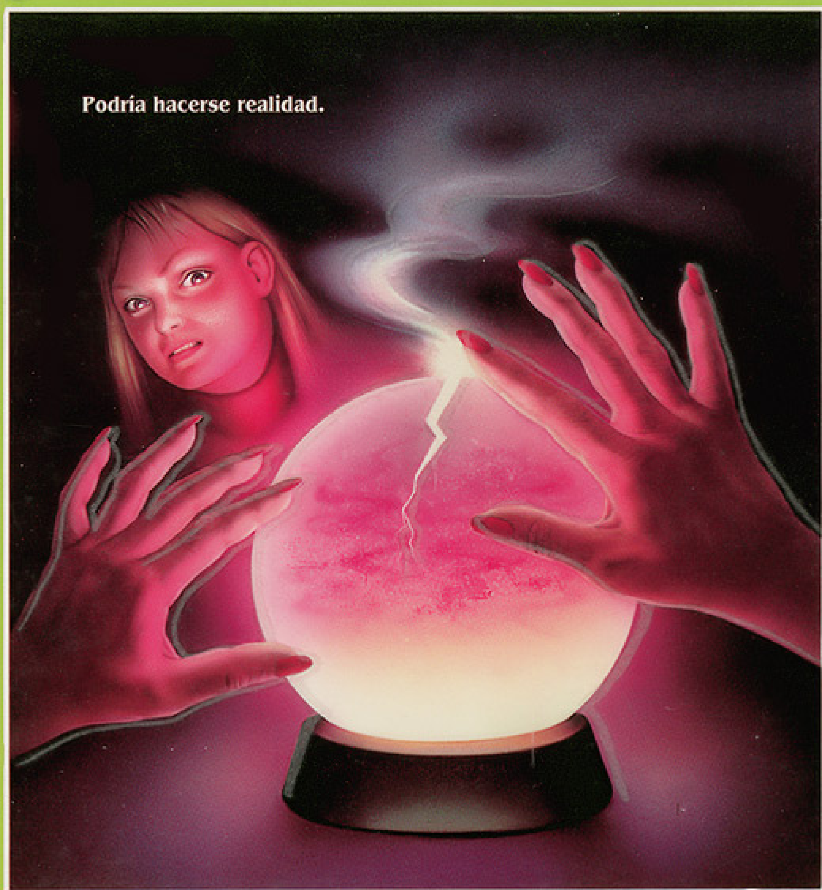
R·L·STINE

Pesadillas®

Deseos peligrosos



Samantha Byrd es muy patosa, una especie de imán para los accidentes. Es el hazmerreír de las chicas del equipo de baloncesto. Y la estúpida de Judith Bellwood le hace la vida imposible. Pero todo va a cambiar.

Sam ha conocido a alguien que puede concederle tres deseos. De verdad. La lastima es que Sam formula sus deseos sin pensárselo mucho.

Y sus deseos se hacen realidad.

¡Y convierten su vida en una pesadilla!



R. L. Stine

Deseos peligrosos

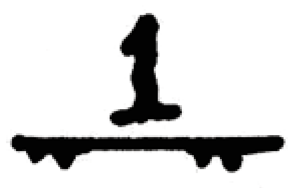
Pesadillas - 30

ePub r1.2
sleepwithghosts 03.01.14

Título original: *Goosebumps #12: Be careful what you wish for…*
R. L. Stine, 1993
Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.0





Judith Bellwood me puso la zancadilla en clase de matemáticas. Vi cómo sacaba el pie al pasillo, pero demasiado tarde.

Me había tocado salir a la pizarra para resolver un problema. Yo iba mirando el enunciado que la profesora acababa de dictar. La verdad es que no tengo muy buena letra.

Cuando vi la zapatilla deportiva aparecer de repente en el pasillo, ya no podía detenerme. Tropecé y me caí de bruces. Las anillas de mi libreta se abrieron y las hojas se desparramaron por el suelo.

En la clase se armó un jaleo espantoso. Todos se reían y gritaban mientras yo intentaba levantarme. Judith y su amiga, Anna Frost, se tronchaban de risa.

Al caer me había golpeado en el codo; el dolor parecía recorrerme todo el cuerpo. Me puse en cuclillas y empecé a recoger los papeles, con la cara roja como un tomate.

—¡Muy bien, Sam! —dijo Anna con una enorme sonrisa.

—¡Que se repita! ¡Que se repita! —gritó alguien.

Al alzar la cara vi un brillo triunfal en los ojos verdes de Judith.

Soy la más alta de mi clase. Mido por lo menos cinco centímetros más que mi amigo, Cory Blinn, y eso que es el chico más alto.

También soy la persona más patosa que ha pisado la faz de la tierra. Y aunque soy alta, y delgada, eso no significa que sea ágil. En absoluto.

Pero, ¿por qué se organizan jaleos tan tremendos cuando

tropiezo con una papelera, o tiro la bandeja del almuerzo, o me caigo en clase de matemáticas?

Judith y Anna son unas estúpidas, eso es lo que pasa. Aunque mi nombre es Samantha Byrd, ellas me llaman la Zancuda. Judith siempre se está burlando de mí. «¿Por qué no levantas el vuelo? ¿Eh, Zancuda?», me dice continuamente. Y Anna y ella se mondan de risa, como si fuera el chiste más gracioso del mundo.

Ja ja. Menuda gracia.

Cory dice que Judith me tiene envidia, pero eso es una tontería. ¿Por qué me iba a tener envidia? Ella no mide casi dos metros, ella mide uno sesenta, perfecto para una niña de doce años. Judith tiene gracia, es atlética y muy guapa, la piel de porcelana, grandes ojos verdes y un pelo cobrizo y ondulado que le cae por la espalda.

¿Por qué me iba a tener envidia? Yo creo que Cory sólo intenta consolarme, pero se le da fatal.

En fin, el caso es que recogí las hojas y volví a ponerlas en las anillas. Sharon me preguntó si me había hecho daño. Sharon es mi profesora. Aquí, en el colegio de Montrose, todos tuteamos a los profesores. Yo le dije que no, aunque el codo me dolía un montón. Y me puse a resolver el problema en la pizarra.

La tiza chirrió y todo el mundo empezó a quejarse. No puedo evitarlo. No soy capaz de escribir en la pizarra sin que rechine la tiza. Tampoco es para tanto, ¿no?

Oí que Judith le decía algo de mí a Anna, pero no lo entendí bien. Me giré y vi que las dos me miraban y se reían.

Como era de esperar, no supe resolver el problema. Me había equivocado en algún paso de la ecuación y no veía dónde.

Sharon se me acercó por detrás, cruzó sus bracitos sobre su horroroso jersey verde, y empezó a repasar las operaciones, intentando ver dónde estaba el error.

Y entonces, estaba cantado, Judith levantó la mano y dijo:

—Yo sé cuál es el problema, Sharon. Byrd no sabe sumar. Cuatro y dos son seis, no cinco.

Noté que me ponía colorada otra vez. ¿Qué haría yo si no estuviera Judith para señalar mis errores en público? La clase estalló en carcajadas de nuevo. Hasta a Sharon le pareció gracioso. Yo me tuve que quedar allí, delante de todo el mundo, aguantando

el chaparrón. La torpe de Samantha Byrd, la tonta de la clase.

Borré mi estúpida equivocación y escribí bien los números pese a que la mano me temblaba. Estaba furiosa con Judith y conmigo misma, pero aguanté el tipo mientras volvía —con pies de plomo— a mi sitio. Ni siquiera miré a Judith cuando pasé a su lado.

Aguanté el tipo hasta la clase de cocina. Entonces se armó la gorda.



Daphne es la profesora de cocina. A mí me cae muy bien. Es una mujer gordita —la papada le hace varios pliegues— con un gran sentido del humor.

Se rumorea que Daphne nos manda hacer siempre pasteles, bizcochos y galletas para comérselos ella luego. Yo creo que es un rumor muy malintencionado, pero puede que haya algo de verdad.

La clase de cocina es justo después del almuerzo, de modo que nunca tenemos hambre. De todas formas casi nada de lo que hacemos serviría ni para dar de comer a los perros, así que por lo general se queda en el aula.

Es una clase que a mí me gusta mucho, en parte porque Daphne es una profesora muy divertida y en parte porque es la única clase en la que no nos ponen deberes. Lo único malo es que Judith también está apuntada.

Judith y yo ya habíamos tenido un encontronazo en el comedor. Yo estaba sentada en el extremo de una mesa, comiéndome mi bocadillo vegetal lo más lejos de ella que pude; pero aun así la oí decir a un par de alumnas de otro curso:

—La Zancuda intentó volar en clase de matemáticas.

Todos se echaron a reír y me miraron.

—¡Tú me pusiste la zancadilla, Judith! —grité enfadada. Pero como tenía la boca llena, me puse perdida y todos se rieron otra vez.

Judith dijo algo que no pude entender con el ruido que había en el comedor. Me hizo una mueca y se echó el pelo hacia atrás.

Mosqueada, me levanté para encararme con ella. No sabía lo que iba a hacer, estaba tan enfadada que no podía ni pensar.

Por suerte en ese momento apareció Cory. Dejó caer la bandeja en la mesa, puso la silla al revés, como hace siempre, y se sentó.

—¿Cuántos son cuatro y dos? —se burló.

—Cuarenta y dos —repliqué yo, torciendo el gesto—. ¿Te crees todo lo que dice Judith? —le pregunté con retintín.

—Pues claro que me creo a Judith. —Cory abrió la bolsa de su almuerzo—. Judith es Judith.

—¿Qué significa eso?

Él se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

—No sé.

Cory es bastante guapo. Tiene unos ojos castaños que se arrugan un poco en las comisuras, una nariz casi ideal y una sonrisa de duro muy graciosa. También tiene un pelo precioso, pero como nunca se peina, siempre lleva encasquetada una gorra. Es una gorra de los Orlando Magic, aunque él no sabe nada del equipo, ni le importa. Le gusta la gorra y en paz.

Cory echó un vistazo a la bolsa de su almuerzo e hizo un gesto de asco.

—¿Otra vez? —le pregunté, mientras me limpiaba con una servilleta la comida que me había caído en la camiseta.

—Sí, otra vez —contestó él con cara de agobio, y sacó el mismo almuerzo que le preparaba su padre todos los días: un bocadillo de queso fundido y una naranja—. ¡Ajjj!

—¿Por qué te pone siempre tu padre queso fundido? ¿No le has dicho que para la hora del almuerzo está frío y que parece goma?

—Se lo he dicho —gruñó Cory, examinando el bocadillo como si fuera un espécimen de los que diseccionábamos en el laboratorio—. Pero según él tiene muchas proteínas.

—¿Y qué más da que tenga tantas proteínas si todos los días lo tiras a la basura?

Cory esbozó su sonrisa de tío duro.

—Eso no se lo he dicho. —Volvió a meter en la bolsa el correoso bocadillo y comenzó a pelar la naranja.

—Menos mal que has venido —comenté al terminar mi bocadillo—. Estaba a punto de asesinar a Judith.

Los dos miramos al otro lado de la mesa. Judith y sus amigas se estaban riendo de algo con las sillas echadas hacia atrás. Luego, una de ellas sacó una revista y les enseñó una fotografía.

—No la asesines —me advirtió Cory, sin dejar de pelar la naranja—. Saldrías perdiendo.

Fingí que me lo tomaba a risa.

—¡Venga ya! ¡Si me darían un premio!

—Si matas a Judith, tu equipo de baloncesto no volverá a ganar un partido.

—¡Pero mira que eres cafre! —exclamé tirándole la pelota que había hecho con el papel de aluminio. La bola le dio en el pecho y cayó al suelo.

Cory tenía razón. Judith era la mejor jugadora del equipo, las Montrose Mustangs. De hecho era la única buena jugadora. Regateaba muy bien y no se le escapaba la pelota entre las piernas. Y tiraba a canasta de miedo.

Yo, por supuesto, era la peor jugadora del equipo. Tengo que admitirlo. Soy más patosa que nadie, como ya he dicho. La verdad es que yo no quería entrar en el equipo porque sabía que sería un desastre, pero Ellen insistió. Ellen es la entrenadora del equipo femenino de baloncesto.

—Sam —me dijo—, con lo altísima que eres tienes que jugar al baloncesto. ¡Eres una jugadora nata!

Lo que soy es una patosa nata. No hay forma de que haga una canasta, ni siquiera en tiros libres. Sobre todo en los tiros libres. Y no soy capaz de correr sin tropezar con mis tobillos. Además, como tengo las manos pequeñas —a pesar de ser tan grande—, no se me da bien pasar la pelota ni cogerla.

Yo creo que Ellen ha aprendido la lección: la altura no lo es todo.

Pero ahora le parece muy violento sacarme del equipo, así que ahí estoy. Me esfuerzo mucho en los entrenamientos, creo que puedo hacerlo mejor. Como peor es imposible…

Si Judith no fuera tan buena en todo… Y si no se metiera conmigo…

Pero, como dice Cory, Judith es Judith. Siempre me está abroncando en los entrenamientos y burlándose de mí. Me hace

sentir como si midiera medio metro (que a veces ya me gustaría).

—Oye, Zancuda, ¿por qué no levantas el vuelo?

Como me lo diga una vez más, le voy a partir la cara, de fijo.

—¿En qué estás pensando, Sam? —La voz de Cory interrumpió mis tristes pensamientos.

—En Judith, claro —murmuré—. La espabiladilla esa.

—Venga ya —me dijo mientras separaba los gajos de la naranja —. Tú también tienes cualidades.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son? ¿Que soy alta?

—No. —Por fin se metió un gajo en la boca. Nunca he visto a nadie que tarde tanto en comerse una naranja—. También eres lista. Y graciosa.

—Vaya, muchas gracias —repliqué con el ceño fruncido.

—Y eres muy generosa —añadió—. Eres tan generosa que me vas a dar esa bolsa de patatas fritas, ¿a que sí? —Se arrojó sobre ella antes de que yo pudiera hacer nada.

Ya sabía yo que por algo me estaba dando coba. Vi cómo engullía todas las patatas sin ofrecerme siquiera. Entonces sonó el timbre y salí corriendo hacia la clase de cocina.

No sabía que se me iban a cruzar los cables.

Nos pusimos a preparar budín de tapioca y lo estábamos dejando todo hecho un pringue. Cada alumna tenía un cuenco enorme y los ingredientes estaban en una mesa muy larga, cerca del horno.

Yo estaba muy atareada removiendo con una cuchara de madera la masa, que hacía *glop glop*. Tenía las manos pegajosas de las salpicaduras, así que me las limpié en el delantal.

Lo estaba haciendo muy bien, o al menos eso creía. Sólo había unos cuantos charcos de masa en mi mesa. La verdad es que casi toda la crema estaba en el cuenco.

Acabé de remover y cuando alcé la vista, allí estaba Judith.

Me sorprendió un poco, porque Judith se había puesto a trabajar al otro lado de la clase, junto a la ventana. Siempre nos mantenemos lo más apartadas que podemos.

Judith esbozó una extraña sonrisa y, al acercarse, fingió tropezar.

¡Juro que lo fingió! El caso es que me tiró encima todo el cuenco de la masa. Encima de mis Doc Martens nuevecitas.

—¡Ay! —exclamó.

Eso fue todo. Sólo «¡Ay!».

Me miré mis botas nuevas cubiertas de aquella masa amarilla y entonces perdí los estribos. Lancé un rugido y me tiré a su cuello. No sabía lo que estaba haciendo. Yo creo que fue un ataque de locura; tenía a Judith cogida por el cuello y empecé a estrangularla.

¡Es que eran unas botas recién estrenadas!

Judith intentó gritar, se resistía, me tiró del pelo y quiso arañarme; pero yo no le soltaba el cuello y no dejaba de rugir como un tigre enfurecido.

Daphne tuvo que venir a separarnos. Me cogió de los hombros y luego interpuso su corpachón entre las dos, impidiéndonos vernos la una a la otra.

Yo jadeaba.

—¡Samantha! Pero ¿qué te ha pasado?

Creo que era Daphne la que gritaba, pero no podía oírla. Tenía el eco de mi rugido en los oídos, parecía el bramido de una catarata. Era mi rabia.

Antes de darme cuenta de lo que hacía, salí corriendo de la clase, y al llegar al pasillo me detuve. No sabía qué hacer. Estaba realmente furiosa. «Si pudiera pedir tres deseos —me dije—, ya sé cuáles serían: ¡Machacar a Judith! ¡Machacar a Judith! ¡Machacar a Judith!»

Lejos estaba yo de imaginar que pronto se cumplirían mis deseos. Los tres.

3

Daphne me llevó de vuelta a la clase y nos obligó a estrecharnos la mano y pedirnos perdón. Tuve que hacerlo, no quería que me expulsaran del colegio.

—Fue sin querer, de verdad. —Lo dijo tan bajo que no la oyó ni el cuello de su camisa. Y acto seguido me soltó—: ¿A ti qué te pasa, Byrd?

Vaya forma de pedir perdón. Pero, en fin, le di la mano porque no tenía ganas de que llamaran a mis padres para decirles que su hija había intentado estrangular a una compañera.

Esa tarde, aunque de mala gana, fui al entrenamiento de baloncesto. Si no aparecía, Judith le diría a todo el mundo que tenía miedo de ella. También fui porque sabía que Judith no quería que fuera, y ésa era una buena razón para hacerlo.

Además, necesitaba hacer ejercicio. Necesitaba correr por la pista hasta perder la cuenta de las vueltas. Para desahogarme. Necesitaba sudar la rabia por no haber podido estrangular del todo a Judith.

—Vamos a correr un poco —sugirió Ellen.

Algunas chicas se quejaron, pero yo eché a correr antes de que Ellen tocara el silbato.

Todas íbamos en pantalones cortos y camisetas sin mangas. Ellen llevaba un chándal gris que, como estaba tan flaca, le hacía bolsas por todos lados. Tenía el pelo rojizo y muy rizado; e iba más tiesa que un palo. La verdad es que no era muy atlética. Siempre nos decía que había aceptado ser la entrenadora porque le daban un

sueldo extra y le hacía falta el dinero.

Después de dar unas cuantas vueltas, el entrenamiento fue como de costumbre. Judith y Anna se pasaban la pelota entre ellas y no hacían más que encestar.

Las otras dos trataban de estar a la altura y yo procuraba pasar desapercibida.

Todavía estaba resentida por lo del budín de tapioca y quería tener el menor contacto posible con Judith, o con cualquier otra. La verdad es que estaba bastante mosqueada.

No me animé precisamente al ver a Judith dar un salto como de seis metros, coger su propio rebote y hacer un pase perfecto a Anna.

Y aquello fue a peor. Tenía que ocurrir. Anna me pasó la pelota. Y fallé. No acerté a cogerla, me dio en la frente y salió rebotada por la pista.

—¡Vamos, Byrd! —oí que decía Ellen.

Yo seguí corriendo, intentando disimular la rabia por haber desperdiciado mi primera oportunidad. Pocos minutos después vi que la pelota venía hacia mí otra vez y Judith me gritó:

—¡A ver si coges ésta, Zancuda!

Me dio tanto coraje que me llamara Zancuda en la cara, que hasta cogí la pelota. Empecé a regatear a Anna, pero alargó la mano y me la arrebató con toda facilidad. Y a la media vuelta lanzó un gancho a canasta. La bola entró limpiamente.

—¡Buen tiro! —exclamó Ellen.

Yo, jadeando, me volví hacia Judith.

—¿Qué me has llamado antes?

Judith fingió no oírme. Ellen tocó el silbato.

—¡Contraataques! ¡Y los quiero rápidos! —gritó.

Nos pusimos a practicar contraataques de tres en tres. Teníamos que avanzar corriendo y pasándonos la pelota, hasta acercarnos lo suficiente a la canasta y, por turnos, tirar.

«Lo que yo necesito es practicar contraataques lentos», pensé. No es que me quedara atrás, porque al fin y al cabo tenía las piernas más largas que nadie y corría bastante, sólo que mientras corría no podía hacer otra cosa.

Mientras Judith, Anna y yo avanzábamos por la pista a todo correr, rezaba para no hacer el ridículo. Tenía la frente cubierta de

sudor y la cabeza me iba a cien.

Anna me lanzó un pase corto, yo me acerqué a canasta y tiré. La pelota se alzó por los aires y volvió a caer al suelo sin tocar siquiera el tablero.

Oí unas risas de por las bandas. Judith y Anna tenían su habitual sonrisilla de superioridad.

—¡Buen tiro! —dijo Judith. Y todas estallaron en carcajadas.

Después de veinte minutos de tortura, Ellen hizo sonar el silbato.

—Ataque y defensa —anunció.

Era la señal para que nos dividiéramos en dos equipos.

Yo suspiré y me sequé el sudor con el dorso de la mano. Traté de concentrarme en el juego, no quería fallar más, pero estaba muy desanimada.

Instantes después, Judith y yo nos peleábamos por un balón en el aire. Yo salté con los brazos extendidos y en ese momento Judith levantó la pierna y su rodilla se hundió en mi pecho.

El dolor me atravesó todo el tronco. Intenté gritar, pero no pude emitir ningún sonido. Entonces articulé un extraño y áspero gemido, como el grito de una foca enferma; no podía respirar.

Todo se volvió rojo, un rojo brillante. Luego negro. Me iba a morir.

4

Ahogarse tiene que ser la peor sensación del mundo. Es para morirse de miedo. Tratas de respirar y no puedes, y el dolor es cada vez más grande, parece que un globo te fuera a explotar dentro del pecho.

De verdad pensé que me moría. Pero, claro, un momento después estaba bien. Todavía me sentía un poco mareada y temblaba, pero casi me había recuperado.

Ellen insistió en que una chica del equipo me acompañara al vestuario. Judith se ofreció voluntaria. ¿Quién si no? Y mientras nos íbamos se disculpó. Dijo que había sido sin querer, un accidente.

Yo no contesté. No quería que se disculpara, no quería ni dirigirle la palabra. Sólo quería estrangularla. Esta vez del todo.

Es que la paciencia tiene un límite. Judith me había hecho la zancadilla en clase de matemáticas, en clase de cocina me había volcado un asqueroso budín de tapioca en mis botas nuevas y en el entrenamiento me había dejado inconsciente de un rodillazo. ¿Y ahora tenía yo que aceptar sus disculpas con una sonrisa? ¡Ni hablar! ¡De ninguna manera!

Entré en silencio en el vestuario, con la cabeza gacha. Al ver que no iba a aceptar sus hipócritas disculpas, Judith se enfadó. ¡Era increíble! ¡Me hunde el pecho de un rodillazo y encima se enfada!

—¡Vete a la porra, Byrd! —me vomitó, y volvió corriendo a la pista.

Yo me cambié sin ducharme, cogí mis cosas y salí a coger mi bici. «Esto ha sido ya el colmo», pensé, mientras le quitaba la

cadena al manillar.

Media hora más tarde, el cielo estaba encapotado y gris. Sentí unas gotas de lluvia en la cabeza. «El colmo de los colmos», me dije.

Yo vivo a dos manzanas del colegio, pero no me apetecía ir a casa. Tenía ganas de pedalear y pedalear, y no volver nunca. Estaba enfadada, fuera de mí y temblaba. Pero sobre todo muy enfadada.

Sin hacer caso de la lluvia, me alejé en dirección contraria a mi casa. Los jardines y las casas pasaban por mi lado a toda velocidad. Ni los veía. No veía nada.

Pedaleaba cada vez más rápido. Era estupendo alejarse del colegio, alejarse de Judith.

De pronto se puso a llover más, pero no me importó. Alcé la cara al cielo sin dejar de pedalear. La lluvia resultaba muy refrescante.

Cuando bajé la vista vi que había llegado al bosque de Jeffers, una extensa arboleda que viene a ser la frontera de mi barrio. Un estrecho carril de bicicletas serpentea entre los altos árboles, que ahora en invierno estaban desnudos; parecían tristes y solitarios sin sus hojas. A veces cogía ese camino para ver lo deprisa que podía ir entre sus curvas y baches.

El cielo estaba cada vez más oscuro y los nubarrones eran cada vez más negros. De pronto vi el destello de un rayo y decidí que era mejor volver a casa.

Pero al dar media vuelta, apareció alguien ante mí. ¡Una mujer! Yo di un respingo, sorprendida de que hubiera alguien en aquel camino desierto, y la miré detenidamente. La lluvia era cada vez más intensa.

La mujer no era ni joven ni vieja. Tenía los ojos tan oscuros como dos carbones, y la cara muy, muy blanca. Su pelo negro ondeaba al viento. Llevaba una ropa bastante pasada de moda: una falda negra que le llegaba a los tobillos y un grueso chal de lana roja sobre los hombros.

Sus ojos oscuros se iluminaron al encontrarse con los míos. La mujer parecía desconcertada. Yo tenía que haber salido corriendo, dado media vuelta y alejarme de ella a toda prisa. Si hubiera sabido…

Pero no me marché, no huí, no.

—¿Puedo ayudarla? —pregunté con una sonrisa.

5

La mujer me dedicó una larga mirada, como si me estuviera inspeccionando. Yo puse los pies en el suelo, cada uno a un lado de la bici. La lluvia caía en gruesas y frías gotas. De pronto me acordé de que mi anorak tenía capucha, así que la busqué a mi espalda y me la puse.

El cielo había adoptado un fantasmagórico color verde aceituna. Las ramas de los árboles se estremecían por el viento. La mujer se acercó unos pasos. Pensé que estaba muy pálida, tanto que parecía un fantasma, excepto por sus profundos ojos oscuros, que tan fijamente me miraban.

—Creo que me he perdido —dijo.

Me sorprendió ver que tenía la voz de una anciana, frágil y trémula.

A causa de la lluvia, tenía el pelo como pegado a la cabeza. Era imposible adivinar su edad. Lo mismo podía tener veinte años que sesenta.

—Estamos al lado de la avenida Montrose —le dije, alzando la voz por encima del estruendo de la lluvia.

Ella asintió con gesto pensativo.

—Yo voy a la calle Madison —repuso—. Pero estoy totalmente desorientada.

—Pues está usted bastante lejos. Es hacia allí —señalé.

Ella se mordió el labio.

—Normalmente me oriento muy bien —dijo con voz quejumbrosa. Y se subió el grueso chal para cubrirse los delgados

hombros.

—Madison está hacia el oeste, hacia allí —indiqué yo con un escalofrío. Me estaba empapando, me moría de ganas de llegar a casa y ponerme ropa seca.

—¿Me puedes llevar? —preguntó la mujer, cogiéndome de la muñeca.

Poco me faltó para dar un grito. ¡Tenía la mano fría como el hielo!

—¿Me puedes llevar? —repitió, acercando mucho su cara a la mía—. Te lo agradecería enormemente.

Había apartado la mano, pero yo todavía sentía aquel frío en la muñeca. ¿Por qué no me marché? ¿Por qué no puse los pies en los pedales y me largué de allí a toda pastilla?

—Claro, la acompañaré.

—Gracias, guapa —dijo con una sonrisa. Se le dibujó un hoyuelo en la mejilla y me di cuenta de que era bastante guapa, con una belleza antigua.

Me bajé de la bicicleta y la cogí por el manillar. La mujer se volvió a acomodar el chal y vino conmigo sin dejar de mirarme. Dejamos el bosque atrás.

Seguía lloviendo. Vi otro rayo a lo lejos, en el cielo color aceituna. El viento agitaba los cordones del anorak.

—¿Voy demasiado deprisa?

—No, no —dijo ella. Y sonrió de nuevo.

Le colgaba del hombro un pequeño bolso de color morado, que intentaba proteger de la lluvia llevándolo bajo el brazo, y calzaba unas botas negras, con una hilera de diminutos botones a los lados. Cada una de sus pisadas resonaba en el mojado asfalto.

—Gracias por la molestia —me dijo. Y pareció volver a sus pensamientos.

—No es molestia —respondí. «Mi buena acción del día», pensé mientras me quitaba una gota de lluvia de la nariz.

—Me encanta la lluvia —comentó ella. Levantó las manos con las palmas hacia arriba—. Si no fuera por la lluvia, ¿cómo se podría lavar el mal?

«Qué cosas más raras dice», pensé. Murmuré una respuesta. ¿De qué mal estaría hablando?

La mujer tenía el negro pelo totalmente empapado, pero no parecía importarle. Caminaba con largos pasos, moviendo rítmicamente el brazo derecho; con el izquierdo trataba de proteger el bolso.

Al poco, se me resbaló el manillar, la bici se cayó y al intentar cogerla me hice un arañazo en la rodilla con el pedal.

¡Si es que soy de un patoso!

Levanté la bici y eché a andar otra vez. Me dolía la rodilla y el viento me echaba la lluvia en la cara. «¿Qué estoy haciendo aquí?», me pregunté. La mujer seguía caminando deprisa, con expresión pensativa.

—Cómo llueve —dijo mirando los nubarrones—. Has sido muy amable, bonita.

—Tampoco me he alejado mucho de mi camino —respondí educadamente. «¡Sólo ocho o nueve manzanas!», calculé en silencio.

—No sé cómo he podido desviarme tanto —comentó ella, moviendo la cabeza—. Estaba convencida de ir en la dirección correcta, pero cuando vi los árboles…

—Ya casi hemos llegado.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó de pronto.

—Samantha, pero todos me llaman Sam.

—Yo soy la Dama de la Esfera Mágica.

Me pareció que no había oído bien. Le di unas cuantas vueltas al nombre en la cabeza, y luego me olvidé.

Era muy tarde y mis padres ya debían de haber llegado del trabajo. Pero aunque no fuera así, Ron, mi hermano, estaría seguramente en casa, preocupado por mí.

Una furgoneta se acercaba con los faros encendidos.

Me protegí los ojos de las luces y casi se me cae la bici otra vez. La mujer seguía caminando por el centro de la calzada. Yo me aparté hacia la cuneta, pero ella no lo hizo, ni siquiera cambió de expresión cuando la luz de los faros le dio en la cara.

—¡Cuidado! —grité.

No sé si me oyó. El conductor de la furgoneta dio un volantazo para esquivarla y pasó haciendo sonar el claxon. La mujer me sonrió afectuosamente.

—Eres muy amable al acompañar a una desconocida.

De pronto se encendieron las farolas. Por efecto de la lluvia ahora la calle tenía un extraño resplandor. Los setos y arbustos, la hierba, las aceras… todo parecía brillar, todo parecía sobrenatural.

—Ya hemos llegado. Ésta es la calle Madison —dije, señalando un letrero. «¡Por fin!», pensé.

Lo único que quería yo era despedirme de aquella misteriosa mujer y volver a casa cuanto antes. En ese momento cayó otro rayo, esta vez más cerca. «Menudo día», me dije con un suspiro. Entonces me acordé de Judith y reviví el día tan espantoso que había tenido. Sentí un arrebato de furia.

—¿Hacia dónde está el este? —La temblorosa voz de la mujer interrumpió mis amargos pensamientos.

—¿El este? —Miré hacia ambos lados, intentando borrar a Judith de mi mente, y se lo señalé.

Una súbita ráfaga de viento me lanzó a la cara una cortina de lluvia. Me agarré al manillar de la bici.

—Eres muy amable —dijo la mujer, y se abrigó aún más con el chal. A continuación, me miró fijamente con sus ojos negros—. Muy amable. La gente joven no suele ser tan amable.

—Gracias —contesté con timidez. El frío me hizo estremecer—. Bueno, adiós.

Iba a subirme a la bici, pero ella me detuvo.

—No, espera. Quiero compensarte.

—¿Eh? No, de verdad, no hace falta.

—Quiero compensarte —insistió ella. Volvió a cogerme la muñeca y yo sentí otra vez aquella punzada de frío—. Has sido muy amable —volvió a afirmar—, y con una desconocida.

Yo intenté soltarme de su mano, pero la mujer tenía una fuerza sorprendente.

—No tiene que darme las gracias.

—Quiero compensarte —repitió ella, y acercó su cara a la mía. Sin soltarme la muñeca—. ¿Sabes qué? Te voy a conceder tres deseos.

6

Entonces me di cuenta de que estaba loca.

Me quedé mirando sus ojos negros. El agua le chorreaba por el pelo y trazaba pequeños surcos en su cara. Yo sentía el frío de su mano, a pesar de la manga del anorak.

«Esta mujer está loca», pensé. Llevaba veinte minutos caminando bajo la lluvia con una loca.

—Tres deseos —repitió la mujer, bajando la voz como si no quisiera que la oyeran.

—No, gracias. Tengo que irme a casa, de verdad.

Me solté de su mano; yo quería subirme a la bici y salir escopeteada.

—Te concedo tres deseos —volvió a decir—. Cualquier cosa que desees se hará realidad. —Cogió su bolso de color morado y sacó algo con mucho cuidado. Era una bola de cristal del tamaño de un pomelo grande y de un brillante color rojo. La bola relucía a pesar de la oscuridad que nos rodeaba.

—Es usted muy amable —dije yo, y quité con la mano el agua del sillín de la bici—, pero la verdad es que ahora mismo no tengo ningún deseo.

—Por favor, deja que te compense por el detalle que has tenido —insistió ella. Levantó la bola roja. Tenía la mano pequeña y huesuda, tan pálida como la cara—. Quiero compensarte, de verdad.

—Mi… mi madre estará preocupada —balbucí, mirando a un lado y otro de la calle.

No había nadie a la vista. Nadie podía protegerme de aquella lunática si resultaba ser peligrosa. ¿Estaría muy loca?, me pregunté. ¿Y si se enfadaba al ver que no le seguía la corriente, que no pedía ningún deseo?

—No es una broma —dijo ella, viendo la desconfianza en mis ojos—. Tus deseos se harán realidad, te lo prometo. —Cerró los ojos y de repente la bola roja brilló más—. Pide tu primer deseo, Samantha.

Yo la miré, tratando de aclarar mis ideas. Estaba empapada, tenía frío y hambre… y un poco de miedo. Sólo quería volver a casa y ponerme ropa seca. ¿Y si no me dejaba marchar? ¿Y si no podía librarme de ella? ¿Y si me seguía hasta mi casa?

Volví a mirar la calle. La mayoría de las casas tenían las luces encendidas. Podría salir corriendo hacia la más cercana y pedir ayuda en caso de necesidad. Pero decidí que sería más fácil seguirle la corriente a aquella loca. Tal vez entonces se diera por satisfecha y me dejara en paz.

—¿Cuál es tu primer deseo, Samantha? —me preguntó. Sus ojos oscuros se iban tornando del mismo color rojo que la bola que sostenía en la mano.

De pronto me pareció una mujer muy vieja, como de otra época. Su piel era tan pálida y fina, que se le notaban los huesos. Me quedé petrificada, no podía ni pensar.

—¡Deseo —me oí decir— ser la jugadora más eficaz de mi equipo de baloncesto!

No sé por qué dije eso. Supongo que porque estaba nerviosa y aún tenía en la cabeza a Judith y todo lo que había pasado aquel día.

En fin, el caso es que aquél fue mi deseo y, claro, al momento me sentí como una idiota. De todas las cosas que se pueden desear en este mundo, sólo a mí se me podía ocurrir ésa.

Pero la mujer no pareció nada sorprendida. Asintió con la cabeza y se concentró unos instantes. La bola roja se iluminó aún más, y más, hasta que la intensa luz escarlata pareció envolverme. Luego el brillo se fue desvaneciendo.

La Dama de la Esfera Mágica me dio las gracias otra vez, guardó la bola en el bolso de color morado y se marchó. Yo respiré

aliviada. ¡Menos mal que se había ido!

Monté de un salto en la bici y me puse a pedalear con todas mis fuerzas en dirección a mi casa. «Un final perfecto para un día ideal», pensé caminando bajo la lluvia con una loca.

¿Y lo del deseo? Sabía que había sido una estupidez. No tenía que volver a pensar en ello.

7

Pero en la cena me puse a darle vueltas al tema. No podía olvidar la extraña luz roja que emitía la bola de cristal.

Mamá intentaba que me sirviera más puré de patatas, pero me negué. Era puré de sobre y la verdad es que no sabía a nada.

—Sam, tienes que comer más para crecer —dijo mi madre, poniéndome la fuente de puré en las narices.

—¡Todavía más! —le repliqué—. ¡Ya soy más alta que tú y eso que sólo tengo doce años!

—No grites, por favor —me regañó mi padre mientras se servía las judías. Judías de lata, claro. Mamá llega muy tarde del trabajo y no tiene tiempo para preparar comida de verdad.

—Yo también era alta a los doce años —comentó mi madre muy seria; y pasó el puré a mi padre.

—¡Y luego te encogiste! —soltó Ron con una risita. Ron es mi hermano mayor. Ya os lo había dicho antes. Se cree muy gracioso.

—Quiero decir que era alta para mi edad —se explicó mi madre.

—Bueno, pues yo no sólo soy demasiado alta para mi edad —gruñí—. ¡Soy demasiado alta para cualquier edad!

—Dentro de unos años no dirás lo mismo —aseguró entonces mi madre.

Cuando ella no miraba, metí la mano debajo de la mesa para darle unas judías a Punkin, un perro pequeño de raza indefinida que se lo come absolutamente todo.

—¿Quedan albóndigas? —preguntó mi padre. Sabía muy bien que sí, pero quería que mi madre las fuera a buscar—. ¿Qué tal el

entrenamiento de baloncesto? —dijo dirigiéndose a mí.

Hice una mueca y señalé con el pulgar hacia abajo.

—Es demasiado alta para jugar al baloncesto —masculló Ron con la boca llena.

—Para el baloncesto lo que hace falta es temple y reciedumbre —afirmó papá.

La verdad es que no entiendo la mitad de las cosas que dice mi padre. ¿Qué se podía contestar a eso? De pronto me acordé de la loca y de mi deseo.

—Oye, Ron, ¿quieres que hagamos unas canastas después de cenar? —le propuse mientras jugueteaba con el tenedor y las judías.

Encima de la puerta del garaje tenemos una canasta y también hay unos focos para iluminar la entrada. Ron y yo jugamos a veces un poco por la tarde, para despejarnos antes de hacer los deberes.

Ron miró por la ventana.

—¿Ha parado de llover?

—Sí, hace media hora —le contesté.

—Pero estará todo empapado.

—¡Huy! ¡Sí que es delicada la estrella del baloncesto! —dije echándome a reír.

Ron juega al baloncesto de miedo. Es un deportista nato y, claro, no se divierte jugando conmigo. Prefiere quedarse leyendo en su habitación.

—Tengo muchos deberes —me respondió subiéndose las gafas.

—Sólo un ratito —supliqué—. Por practicar un poco.

—Ayuda a tu hermana —terció mi padre—. Le puedes enseñar.

Ron accedió de mala gana.

—Pero sólo un rato. —Volvió a mirar por la ventana—. Si es que no saldrían ni los patos.

—Ya te compraré una toalla —bromeé.

—Que no salga Punkin —dijo mi madre—. Si se moja las patas, me lo pone todo perdido.

—Jo, qué rollo —gruñó Ron.

Yo sabía que era una tontería, pero quería ver si mi deseo se había hecho realidad. ¿Me habría convertido en una gran jugadora de baloncesto? ¿Sería capaz de ganar a Ron? ¿Podría encestar pelotas? ¿Podría botarla sin tropezar y pasarla en la dirección que

yo quisiera? ¿Y cogerla sin que me rebotara en el pecho?

Me regañé a mí misma por pensar en el deseo. Era una tontería. «Mira que eres boba. Una chiflada te asegura que te va a conceder tres deseos —me dije—, y tú te crees que de pronto te vas a convertir en Michael Jordan».

Pero me moría de ganas de jugar con Ron. A lo mejor me llevaba una sorpresa.



Efectivamente, me llevé una sorpresa. ¡Jugaba peor que nunca!

Las primeras dos veces que lancé a canasta, el tiro me salió totalmente desviado y tuve que ir detrás de la pelota por la hierba mojada.

Ron se echó a reír.

—¡Ya veo que has estado practicando! —se burló.

Le tiré la pelota al estómago. Se lo merecía. Aquello no tenía ninguna gracia.

Estaba decepcionadísima. Me dije una y otra vez que los deseos no se hacen realidad, y menos cuando te los concede una loca perdida un día de lluvia.

Pero no podía evitar tener esperanzas. Las otras chicas del equipo eran tan crueles conmigo… sería genial que, al día siguiente, en el partido contra el colegio Jefferson, yo fuera la estrella del equipo.

La estrella, qué risa.

Ron avanzó hasta la canasta y encestó con toda facilidad. Luego cogió su propio rebote y me hizo un pase. La pelota se me escapó de las manos y fue botando por la rampa del garaje. Salí corriendo tras ella, resbalé en el suelo mojado y me caí de narices en un charco.

Menuda estrella.

«¡Estoy jugando peor que nunca! —me dije—. ¡Mucho peor!»

Ron me ayudó a levantarme y yo me limpié la cara.

—Recuerda que ha sido idea tuya.

Yo cogí la pelota, pegué un grito y eché una furiosa carrera

hacia la canasta. Tenía que encestar. ¡Tenía que encestar!

Pero cuando iba a lanzar Ron me alcanzó, dio un salto con los brazos levantados y me hizo un tapón.

—¡Aaaaaj! ¡Ojalá midieras dos palmos! —grité frustrada.

Él se echó a reír y salió corriendo en pos de la pelota. Y entonces sentí que me invadía el miedo.

«¿Qué he hecho? —me pregunté escudriñando la oscuridad que me rodeaba y esperando que Ron volviera con la pelota—. ¿Acabo de pronunciar mi segundo deseo? ¡No lo decía en serio! —me dije, el corazón martilleándome en el pecho—. ¡Ha sido sin querer! ¡No era un deseo de verdad!»

¿No habría hecho que mi hermano encogiera hasta no levantar más de dos palmos? «No, no, no», repetí una y otra vez mientras esperaba que volviera.

El primer deseo no se había hecho realidad, así que no había razones para suponer que el segundo se cumpliría. Entorné los ojos para escudriñar la oscuridad.

—Ron, ¿dónde estás?

De pronto vi que se acercaba hacia mí y me quedé sobrecogida. ¡Medía dos palmos!



Me quedé de piedra, pero cuando la diminuta figura emergió de la oscuridad, me eché a reír.

—¡Punkin! —exclamé—. ¿Qué haces aquí fuera?

Estaba tan contenta de verlo, tan contenta de que fuera él y no Ron, que le di un abrazo. Con las patas me puso perdida de barro, pero me dio igual.

«Sam, tienes que tranquilizarte —me aconsejé a mí misma—. Ese deseo no podía hacerse realidad porque la Dama de la Esfera no está aquí con su bola mágica».

—¿Qué hace aquí Punkin? ¿Cómo ha podido salir? —preguntó Ron, que ya se acercaba con la pelota.

—Se ha debido escapar —contesté encogiéndome de hombros.

Jugamos un rato más, pero hacía frío y el suelo estaba demasiado mojado. No era nada divertido, sobre todo para mí. No metí ni una sola canasta. Al final terminamos jugando a tiros libres. Ron me ganó con toda facilidad.

Mientras volvíamos a casa, Ron me dio unas palmaditas en la espalda.

—¿No has pensado en dedicarte a otra cosa? Al parchís, a lo mejor…

Rezongué entre dientes. Y de repente tuve el súbito impulso de contarle por qué estaba tan decepcionada, de hablarle de aquella chiflada y de los tres deseos. A mis padres tampoco les había dicho nada. La verdad es que toda la historia era una auténtica estupidez, pero se me ocurrió que a mi hermano le podía hacer gracia.

—Tengo que contarte una cosa —le dije mientras nos quitábamos las zapatillas mojadas en la cocina—. No vas a creer lo que me ha pasado. Estaba…

—Luego —dijo él quitándose los calcetines húmedos—. Ahora tengo que hacer los deberes.

Ron desapareció camino de su habitación y yo fui a la mía, pero en ese momento sonó el teléfono. Lo cogí al instante. Era Cory, que quería saber cómo me había ido el entrenamiento.

—Genial —contesté con sarcasmo—. Genial. Jugué tan bien que van a retirar mi número.

—Tú no tienes número —me recordó Cory.

Vaya amigo.

Judith trató de ponerme la zancadilla al día siguiente en el comedor, pero esta vez conseguí esquivar su pie. Pasé de largo y encontré a Cory en un rincón, cerca de los cubos de basura, como si se escondiera. Ya había sacado su almuerzo. Tenía cara de asco.

—¡No me lo digas! ¡Queso fundido otra vez! —exclamé, dejando en la mesa la bolsa de mi almuerzo. Me senté enfrente de él.

—Queso fundido otra vez —murmuró—. Y mira qué pinta tiene. Parece de plástico. Con lo bueno que es el de verdad.

Yo abrí mi tetrabrik de cacao y acerqué más la silla. Un grupo se reía a carcajadas al otro lado del comedor, se estaban pasando una muñeca punki con el pelo rosa. La muñeca aterrizó en la sopa de alguien y se armó la bulla.

Cuando cogí mi bocadillo, una sombra se dibujó en la mesa. Había alguien a mis espaldas.

—¡Judith! —exclamé.

Ella me miró con desdén. Llevaba un jersey verde y blanco y unos pantalones de pana.

—¿Hoy vas a jugar, Byrd? —me preguntó fríamente.

Yo dejé el bocadillo.

—Sí, claro —contesté, sorprendida por la pregunta.

—Pues qué mal —dijo ella con el ceño fruncido—. No tendremos la más mínima posibilidad de ganar.

De pronto apareció Anna, la amiga de Judith.

—¿No podrías ponerte enferma o algo así?

—¡Oye, dejad en paz a Sam! —les espetó Cory enfadado.

—Queremos ganar a las del Jefferson —dijo Anna sin hacerle caso. Tenía una mancha de carmín en la barbilla. Anna llevaba más carmín que todas las chicas del curso juntas.

—Lo haré lo mejor que pueda —contesté rechinando los dientes.

Las dos se echaron a reír como si hubiera contado un chiste y luego se marcharon meneando la cabeza.

«¡Si mi deseo se hiciera realidad!», pensé con rabia. Pero yo sabía que era imposible. Al acabar el partido no sabría dónde meterme. De la vergüenza.

No tenía ni idea de lo que iba a pasar.

10

El partido fue extraño desde el principio.

El equipo del Jefferson lo formaban en su mayoría alumnas del curso inferior al nuestro. Eran más pequeñas, pero estaban bien entrenadas. Se las veía con mucha energía y espíritu de equipo.

Cuando se acercaron corriendo al centro de la pista para el primer saque, yo tenía el estómago revuelto y la sensación de pesar cien kilos.

Era el miedo. Sabía que lo iba a estropear todo y que Judith y Anna se ocuparían de echarme en cara que había fallado al equipo. Así que cuando el juego empezó me temblaban las piernas.

El árbitro lanzó la pelota al aire. Y la pelota me vino a las manos. Yo la cogí y salí corriendo con ella… ¡Hacia nuestra canasta!

Por suerte Anna me avisó antes de que pudiera meter una canasta para el Jefferson. Las jugadoras del otro equipo se reían. Y las del mío. Miré entonces hacia la línea de banda y vi que las dos entrenadoras también se estaban riendo.

Me puse colorada como un tomate. Quería que me tragase la tierra. Pero, para mi sorpresa, todavía tenía la pelota.

Intenté pasársela a Judith, pero lancé demasiado bajo y la cogió una chica del Jefferson, que echó a correr hacia nuestra canasta.

¡No llevábamos ni diez segundos de partido y yo ya había cometido dos errores! No hacía más que repetirme que sólo era un juego, pero la verdad es que eso no me consolaba. Cada vez que oía alguna risa sabía que se estaban riendo de mí.

La primera vez que miré los marcadores, íbamos seis a cero. A favor del Jefferson.

De pronto la pelota vino hacia mí como aparecida de la nada. Yo intenté cogerla, pero se me escapó de las manos. La cogió una de mis compañeras, dio unos botes y me la volvió a pasar.

Entonces lancé a canasta por primera vez. La pelota golpeó en el tablero —¡todo un triunfo para mí!—, pero ni siquiera se acercó al aro. El rebote fue para el Jefferson.

Pocos segundos después el tanteo era de ocho a cero.

«¡Peor imposible!», gemí para mis adentros. Judith me fulminaba con la mirada desde el otro extremo de la pista.

Retrocedí y me quedé en una esquina, lejos de la canasta. Decidí mantenerme apartada del juego en la medida de lo posible. Tal vez de esa forma no hiciera el ridículo.

A los cinco minutos de la primera parte, empezaron a pasar cosas raras.

Íbamos doce a dos a favor del Jefferson. Judith lanzó la pelota a Anna, pero el pase fue tan débil que la bola fue a parar a una jugadora del Jefferson, rubia y bajita. Judith salió corriendo tras ella, pero… iba bostezando.

Un instante más tarde, la rubia perdió la pelota. Anna intentó cogerla, pero era como si se moviera a cámara lenta. La jugadora pelirroja del Jefferson se le adelantó.

Anna se la quedó mirando. Jadeaba y tenía la frente perlada de sudor. Yo me quedé pasmada. Anna parecía exhausta, y eso que sólo llevábamos jugando cinco minutos.

El equipo del Jefferson recorrió toda la pista; era imparable. Las jugadoras se pasaban la pelota unas a otras mientras las nuestras las miraban sin hacer nada.

—¡Vamos! —gritó Judith intentando animar. Vi que bostezaba otra vez cuando se acercó a la línea de fondo para sacar la pelota.

—¡Venga, chicas! ¡Moveos! ¡Moveos! —gritaba Ellen, utilizando las manos a modo de megáfono—. ¡Corre, Judith, corre! ¡Parece que estéis dormidas!

Judith lanzó otro débil pase. La pelota rozó a una jugadora del Jefferson. Yo la cogí y eché a correr. Me detuve justo en el borde del área y me giré buscando a alguien a quien pasársela. Pero, para

mi sorpresa, todas mis compañeras estaban muy lejos, caminando exhaustas en mi dirección.

Al ver que las jugadoras contrarias me rodeaban, lancé a canasta. La pelota golpeó en el aro y me vino directamente a los dedos. Tiré de nuevo y volví a fallar.

Judith levantó los brazos, muy despacio, para coger el rebote, pero la pelota le pasó entre las manos. Frunció el ceño, sorprendida, pero no hizo ademán de ir tras ella.

Entonces cogí yo la pelota, hice dos regates, a punto estuve de tropezar, y lancé.

Por increíble que parezca, la pelota rebotó en el aro y se metió dentro.

—¡Así se hace, Sam! —gritó Ellen desde la línea de banda.

Mis compañeras lanzaron débiles vítores. Yo las veía perseguir a las jugadoras del Jefferson, bostezando y moviéndose a cámara lenta, como adormiladas.

—¡Ánimo! ¡Ánimo! —gritaba Ellen.

Pero no sirvió de nada. Judith tropezó, cayó de rodillas y ni siquiera trató de levantarse. Yo me la quedé mirando, perpleja. Anna bostezaba con toda la boca y, en vez de correr, arrastraba los pies. Las otras dos jugadoras de mi equipo también parecían aturdidas, se movían como tortugas y prácticamente no defendían nuestra canasta.

El Jefferson marcó con toda facilidad.

Judith seguía de rodillas, con los ojos cerrados. «¿Qué demonios está pasando?», me pregunté. En ese instante el silbato interrumpió mis pensamientos. Tardé un momento en darme cuenta de que Ellen había pedido tiempo muerto.

—¡Chicas, moveos! ¡Moveos! —nos gritó Ellen, mientras hacía señales de que nos acercáramos.

Yo acudí corriendo, pero al darme la vuelta vi que las demás venían bostezando y como cayéndose a pedazos.

Entonces me di cuenta. Estaba alucinada. Mi deseo se había hecho realidad.

11

—¿Qué pasa, chicas? —nos interrogó Ellen con cara de preocupación.

Anna se desplomó en el suelo. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Judith se apoyó contra la valla de las gradas. Jadeaba y tenía la cara pálida y empapada de sudor.

—A ver si le ponemos un poco de energía —nos apremió Ellen, dando una palmada—. ¡Creía que queríais ganar el partido!

—Me falta el aire —se quejó una.

—Yo estoy agotada —dijo otra con la lengua fuera.

—A lo mejor algo nos ha sentado mal —sugirió Anna.

—¿Tú también te encuentras mal? —me preguntó Ellen.

—No, yo estoy bien.

Judith gimió e intentó levantarse. El árbitro, un chico mayor vestido con una camiseta de rayas blancas y negras que le venía grande, tocó el silbato y nos hizo señas para que volviéramos a la pista.

—No lo entiendo —suspiró Ellen, moviendo la cabeza. Ayudó a Anna a ponerse en pie—. No entiendo nada.

Yo sí que lo entendía. Lo entendía perfectamente. Mi deseo se había hecho realidad. ¡Era increíble! ¡Aquella extraña mujer tenía poderes mágicos de verdad! ¡Y me había concedido mi deseo!

Pero no como yo me había imaginado.

Recordé exactamente mis palabras. Había deseado ser la jugadora más eficaz del equipo de baloncesto. Eso significaba que quería ser la mejor jugadora. ¡Pero esa mujer había hecho que todas

las demás fueran unas inútiles!

Yo jugaba tan mal como siempre, seguía sin saber driblar, pasar ni encestar. ¡Pero era la jugadora más eficaz del equipo!

¿Cómo podía haber sido tan tonta?, me reprendí a mí misma mientras volvía a la cancha. Los deseos nunca se cumplen tal como uno quiere.

Al llegar al centro de la pista di media vuelta y vi que Judith, Anna y las demás se aproximaban con los hombros caídos, casi no se tenían en pie.

Tengo que admitir que disfruté un poquito. Yo me encontraba la mar de bien y ellas estaban tan débiles que daban pena. Judith y Anna se lo merecían. Intenté no sonreír al ver cómo se arrastraban hasta sus posiciones. Bueno, la verdad es que no pude reprimir una risita.

El árbitro tocó el silbato y se dispuso a lanzar la pelota para dar comienzo a la segunda parte. Judith y una jugadora del Jefferson iban a saltar para disputar el balón.

La bola se elevó en el aire. La jugadora del Jefferson saltó muy alto. Judith hizo un verdadero esfuerzo, se le notaba en la cara, pero apenas levantó los pies del suelo.

La jugadora contraria palmeó la pelota hacia una de sus compañeras y entonces se lanzaron al ataque. Yo salí tras ellas, corriendo a más no poder, pero el resto de mi equipo sólo podía caminar.

Encestaron con toda facilidad.

—¡Venga, Judith, que podemos con ellas! —grité alegremente dando una palmada.

Judith me miró. Estaba asfixiada. Sus ojos verdes parecían apagados, como desvaídos.

—¡Ánimo! ¡Ánimo! ¡Vamos! —las animé.

La verdad es que me lo estaba pasando pipa.

Judith apenas podía botar la pelota. Yo la cogí y driblé a la chica que me marcaba. Al ir a tirar, una jugadora contraria me empujó por detrás.

Dos tiros libres.

Mis compañeras tardaron una eternidad en acercarse al área. Yo, naturalmente, fallé los dos tiros, pero no me importó.

—¡Venga! ¡Venga! —les grité batiendo palmas—. ¡Defensa! ¡Defensa!

Me había convenido en la líder de mis compañeras. Estaba disfrutando como una loca. Era la jugadora más completa del equipo. ¡Lo mejor de todo era ver a Judith y Anna arrastrarse de un lado a otro agotadas! ¡Era de lo más guay!

Perdimos el partido por veinticuatro puntos. Judith y las demás parecían contentas de que hubiera terminado. Yo fui al vestuario a paso ligero, con una enorme sonrisa dibujada en la cara.

Ya casi me había cambiado cuando entraron mis compañeras. Judith se me acercó y se apoyó contra mi taquilla. Me dirigió una mirada de mosqueo.

—¿Cómo es que tienes tanta marcha?

Yo me encogí de hombros.

—No lo sé. Yo me encuentro como siempre.

Judith tenía la cara surcada por el sudor, el pelo pegado a la cabeza.

—¿Qué nos pasa? —dijo bostezando—. No lo entiendo.

—A lo mejor has cogido la gripe o algo así —contesté, intentando disimular lo bien que me lo estaba pasando.

¡Aquello era genial!

—¡Ay! Estoy agotada —gimió Anna.

—Seguro que mañana estáis mejor —dije haciéndome la buena.

—Todo esto es muy raro —murmuró Judith. Quiso clavarme la mirada, pero estaba tan cansada que no podía.

—¡Hasta mañana! —dije cogiendo mis cosas—. ¡Que os mejoréis!

Y salí del vestuario. «Mañana estarán mejor —me tranquilicé—. Mañana estarán bien. No se van a quedar así, ¿verdad?»

Al día siguiente me quedé de pasta de boniato.

12

Judith y Anna faltaron a clase.

Me quedé mirando sus sitios vacíos mientras me acercaba a mi silla, en la primera fila, y me pasé la clase mirando hacia atrás para ver si estaban. Pero cuando sonó el timbre todavía no habían llegado.

No vino ninguna de las dos. Me pregunté si también faltarían las otras jugadoras del equipo y un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Estarían aún tan cansadas que ni podían venir al colegio?

De pronto tuve una idea que me asustó: ¿Y si no se ponían bien nunca? ¿Y si la magia duraba siempre? Luego se me ocurrió algo todavía peor: ¿Y si Judith y las otras se ponían cada vez más débiles? ¿Y si al final acababan muriéndose?

Sería por mi culpa. Por mi culpa.

Me quedé helada. Me pinchan con una aguja y ni me entero. Nunca en mi vida me había sentido tan culpable; era una sensación horrible.

Intenté apartar esas ideas de mi mente, pero no pude. No podía dejar de pensar que podían morirse por culpa de mi deseo. «Seré una asesina», me dije. Y me recorrió un escalofrío. Una asesina.

Sharon, nuestra profesora, estaba justo delante de mí, hablando de algo, pero yo no podía oír ni una palabra. No hacía más que girarme y mirar los dos asientos vacíos.

«Judith, Anna… ¿Qué os he hecho?»

En el almuerzo le conté toda la historia a Cory.

Él, claro, se rió de mí. Tenía la boca llena de queso fundido y casi se atraganta.

—¿También crees en el ratoncito Pérez? —me preguntó.

Pero yo no estaba de humor para bromas. Estaba muy preocupada. Me quedé mirando mi almuerzo, no podía comer.

—Por favor, créetelo, Cory —supliqué—. Ya sé que parece una locura, pero…

—¿Quieres decir que hablas en serio? —Cory me miró detenidamente—. Pensaba que estabas de broma, Sam. Creí que te habías inventado esa historia para una redacción o algo así.

Yo negué con la cabeza.

—Escucha, Cory, si hubieras estado ayer en el partido, sabrías que no es ninguna broma. —Me incliné sobre la mesa y susurré—: Se arrastraban por la pista como si fueran zombis. ¡Era espeluznante!

Estaba tan nerviosa que mis piernas parecían campanillas. Me llevé las manos a la cara. Tenía ganas de llorar.

—Vale, vamos a pensar un poco —sugirió Cory. Su graciosa sonrisa se desvaneció en una expresión pensativa. Por fin había decidido tomarme en serio.

—Yo llevo dándole vueltas toda la mañana —le dije, intentando todavía contener el llanto—. ¿Y si me convierto en una asesina, Cory? ¿Y si se mueren?

—Sam, por favor. —Cory me miró fijamente con sus ojos oscuros—. Seguro que Judith y Anna no están ni siquiera enfermas. Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Seguro que están perfectamente.

—No me lo creo —dije agachando la cabeza.

—¡Ya sé! —Cory chasqueó los dedos—. Podemos preguntarle a Audrey.

—¿Audrey?

Audrey era la enfermera del colegio. Tardé un momento en comprenderlo, pero al final caí en la cuenta. Tenía razón. Cuando alguien faltaba al colegio, sus padres debían avisar a Audrey. Audrey nos podría decir por qué Judith y Anna se habían ausentado.

Me levanté de un brinco, casi vuelco la silla.

—¡Buena idea, Cory! —exclamé. Eché a correr hacia la puerta.

—¡Espera! ¡Voy contigo!

Corrimos por el largo pasillo que llevaba a la enfermería. Nuestros pasos retumbaban en el suelo. Cuando llegamos, Audrey estaba cerrando la puerta.

Es una mujer baja y regordeta, de unos cuarenta años, más o menos. Siempre se recoge el pelo en un moño, y va con tejanos amplios y suéteres muy grandes; nunca se pone el uniforme de enfermera.

—Es la hora de comer —nos dijo al vernos—. ¿Qué pasa? Iba a comer. Estoy muerta de hambre.

—Audrey, ¿sabes por qué no han venido al colegio Judith y Anna? —pregunté yo sin aliento.

—¿Eh? —Le había hablado tan deprisa, por los nervios, que no me entendió.

—Judith Bellwood y Anna Frost —dije con el corazón acelerado —. ¿Por qué no han venido hoy?

La pena se reflejó en sus pálidos ojos grises. Entonces bajó la cabeza.

—Judith y Anna no pueden venir —dijo tristemente.

13

Me la quedé mirando horrorizada, con la boca abierta.

—¿Cómo que no pueden venir?

—Faltarán por lo menos una semana —dijo Audrey mientras cerraba con llave la puerta.

—¿Cómo? —chillé.

Audrey no podía sacar la llave de la cerradura.

—Han ido al médico. Sus madres han llamado esta mañana. Por lo visto están muy enfermas. Tienen la gripe o algo así. Se ve que están muy débiles.

Yo suspiré aliviada. Menos mal que Audrey seguía tirando de la llave, así no vio mi reacción.

Al final la enfermera se marchó por el pasillo, y en cuanto desapareció de la vista me desplomé contra la pared.

—Por lo menos no están muertas —gemí—. ¡Me ha dado un susto de espanto!

Cory movió la cabeza.

—A mí también —confesó—. Pero, ¿ves? Judith y Anna tienen la gripe, nada más. Seguro que el médico…

—No es la gripe. Están débiles por mi culpa.

—Llámalas luego. Verás como están mejor.

—No puedo esperar —dije con voz trémula—. Tengo que hacer algo, Cory. Tengo que impedir que se vayan debilitando hasta que se consuman del todo y se mueran.

—Cálmate, Sam.

Yo me había puesto a dar vueltas alrededor de él. Unos chicos

pasaron a la carrera hacia las taquillas. Alguien me llamó, pero no contesté.

—Tengo que ir a clase —dijo Cory—. Creo que te estás preocupando por nada, Sam. Si esperas hasta mañana…

—¡Ella dijo que me concedía tres deseos! —exclamé, sin oír ni una palabra de lo que me decía Cory—. Sólo he formulado uno.

—Sam…

—¡Tengo que encontrarla! Tengo que encontrar a esa mujer. ¿No lo ves? Puedo desear que mi primer deseo se anule. Ella dijo que me concedía tres deseos, así que el segundo puede ser anular el primero.

Empezaba a sentirme mucho mejor, pero Cory me devolvió a mis preocupaciones con una sola pregunta:

—¿Cómo vas a encontrarla, Sam?

14

Me pasé toda la tarde pensando en ello. Apenas me enteraba de lo que me decían. Al final de la tarde teníamos un examen de vocabulario y yo me quedé mirando las palabras como si estuvieran en chino.

Al cabo de un rato oí que Lisa, la profesora, me llamaba. Estaba justo delante de mí, pero creo que no me enteré hasta que hubo pronunciado mi nombre seis veces.

—¿Te encuentras bien, Samantha? —me preguntó inclinándose. Seguro que quería saber por qué no había empezado el examen.

—Estoy un poco mareada —dije en voz baja—. Pero no es nada.

«¡No será nada si encuentro a esa extraña mujer y consigo que deshaga el hechizo!» ¿Pero dónde podría encontrarla? ¿Dónde?

Después de clase fui a la pista de baloncesto, pero como todas las de mi equipo habían faltado, se anuló el entrenamiento.

Habían faltado por mi culpa…

Fui a mi taquilla y saqué mi chaqueta. Justo al cerrar la puerta se me ocurrió una idea.

«El bosque. El bosque de Jeffers. Allí fue donde encontré a la Dama de la Esfera Mágica». Allí la encontraría otra vez.

«A lo mejor es su escondite secreto —pensé—. A lo mejor me está esperando.

»¡Claro que sí!», me dije para levantarme la moral. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Era perfecto. Eché a correr. El pasillo estaba casi vacío y yo frené en seco al ver a una figura conocida en la puerta principal.

—¡Mamá!

—Hola, Sam. —Me saludó con la mano aunque ya estaba justo delante de mí. Llevaba un gorro de lana rojo y blanco y el gastado anorak rojo de siempre. Hace años que no esquía, pero le encanta vestirse así.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —Quedó un poco grosero, pero es que estaba deseando coger la bici para ir al bosque de Jeffers. ¡Sólo me faltaba que apareciera mi madre!

—¿Se te ha olvidado que tienes hora con el doctor Stone? —me recordó haciendo tintinear las llaves del coche.

—¿El dentista? ¿Hoy? ¡No puedo!

—Tienes que ir —dijo mi madre con tono severo y tirándome del brazo de la chaqueta—. Ya sabes lo difícil que es conseguir hora con él.

—¡No quiero que me ponga alambres! —Me di cuenta de que parecía una niña pequeña.

—A lo mejor no los necesitas. —Mi madre seguía tirando de mí —. Pero se hará lo que diga el dentista.

—Pero, mamá, yo… yo… —Busqué desesperadamente una excusa—. No puedo ir contigo. ¡No puedo dejar la bici aquí!

—La meteremos en la furgoneta.

No había más remedio, tenía que ir. Salí por la puerta resoplando y me fui corriendo a por la bicicleta.

Me enteré de que iba a llevar alambres en los dientes durante seis meses; por lo menos. Dentro de una semana tenía hora otra vez con el dentista para que me los pusiera. Lo normal sería que estuviera de muy mal humor, pero era muy difícil pensar en los alambres teniendo en la cabeza a Judith y a las otras chicas.

Seguía imaginándome que se iban consumiendo, que se quedaban cada vez más y más flacas, cada vez más débiles. No podía quitarme de la cabeza esa horrible imagen. Me imaginé en la pista, botando la pelota y avanzando, mientras Judith y las demás estaban tumbadas en el suelo, intentando mirar pero tan débiles que no podían ni levantar la cabeza.

Esa noche, después de cenar, me sentía tan culpable que llamé a

Judith para ver cómo se encontraba. Creo que era la primera vez en la vida que la telefoneaba.

Contestó su madre, la señora Bellwood, que parecía cansada y tensa.

—¿Dígame?

Tuve el súbito impulso de colgar, pero respondí:

—Soy Samantha Byrd, una amiga del colegio.

Sí, sí, una amiga.

—No creo que Judith pueda ponerse. No se encuentra muy bien.

—¿Ha dicho el médico qué…?

—Voy a preguntarle a Judith si quiere hablar contigo —me interrumpió la señora Bellwood. El hermano pequeño de Judith estaba gritando. A lo lejos se oía música de dibujos animados—. Pero no estéis mucho rato —me indicó.

—¿Diga? —contestó Judith con un hilillo de voz.

—Hola, Judith, soy yo, Sam —dije, haciendo un esfuerzo para que no se me notaran los nervios.

—¿Sam? —se extrañó.

—Sam Byrd —balbucí—. Es… es que quería saber cómo estabas.

—Sam, ¿nos has embrujado?

Me quedé sin aliento. ¿Cómo lo sabía?

15

—¿Qué quieres decir?

—Todas estamos enfermas menos tú —contestó Judith—. Anna está fatal, y Arlene y Krista también.

—Bueno, pero eso no significa que…

—Yo creo que nos has hechizado —me interrumpió.

¿Estaría bromeando? No había forma de saberlo.

—Yo llamaba para decirte que te mejores pronto —murmuré torpemente.

En ese momento oí que la señora Bellwood le decía a Judith que colgara, de modo que me despedí. Agradecía que hubiera sido una conversación tan corta, pero no podía saber si Judith había hablado en broma o no. Tenía la voz apagada.

De pronto me enfadé. Me había echado la culpa, siempre se metía conmigo. Era tan típico de Judith… Siempre encontraba la forma de enfurecerme, aunque yo intentara ser amable.

Pero también me sentía culpable, porque la verdad era que sí las había embrujado. Ahora tenía que encontrar la manera de deshacer el hechizo.

Al día siguiente, en clase seguía habiendo dos sitios vacíos. Judith y Anna seguían sin venir.

Durante el almuerzo, pregunté a Cory si después del colegio quería ir conmigo a buscar a la extraña mujer.

—¡Ni hablar! —exclamó, negando con la cabeza—. ¡Seguro que

me convierte en una rana o algo así!

—Cory, ¿es que no te lo puedes tomar en serio? —grité.

Varios chicos se volvieron a mirarme.

—Déjame en paz —masculló Cory poniéndose colorado.

—Bueno, lo siento. Es que estoy muy nerviosa.

Pero Cory no quiso acompañarme, me dio la excusa de que tenía que ayudar a su madre a limpiar la piscina.

¿Quién limpia la piscina en mitad del invierno? Cory fingía no creer mi historia sobre la mujer y los tres deseos, pero a mí me daba la impresión de que tenía un poco de miedo.

Yo también lo tenía, la verdad, pero era miedo de no encontrarla.

Después del colegio me fui en la bici hacia el bosque de Jeffers. Era un día gris y ventoso. Enormes nubarrones surcaban el cielo, amenazando lluvia o tal vez nieve. «Es muy parecido al día en que encontré a la Dama de la Esfera Mágica», pensé. No sé por qué, pero aquello me dio ánimos.

Unas chicas de la clase me saludaron cuando pasé a su lado, pero yo me incliné sobre el manillar y cambié la marcha para coger velocidad.

Pocos minutos después dejaba atrás las casas de la avenida Montrose y delante de mí apareció el bosque de Jeffers. Los árboles desnudos formaban una oscura empalizada, aún más oscura que los nubarrones que empezaban a ocultar el cielo.

—Tiene que estar, tiene que estar —repetía yo al ritmo de los pedales.

Casi se me sale el corazón del pecho al verla, acurrucada en el lindero del bosque. Esperándome.

—Hola —grité—. ¡Hola! ¡Soy yo!

16

El corazón me dio un vuelco de alegría. Al acercarme vi que la mujer estaba de espaldas. Llevaba otra ropa: una boina morada y un largo abrigo negro que le llegaba casi a los tobillos.

Frené junto a ella y las ruedas patinaron en el camino.

—¡Tengo que formular otro deseo! —exclamé.

Ella se volvió y me quedé de una pieza. Era una mujer joven de rostro pecoso y pelo corto, rizado y rubio.

—Perdona, ¿cómo dices? —me preguntó, mirándome con expresión perpleja.

—Lo… lo siento —tartamudeé. Me puse colorada—. La he confundido con otra persona.

Era otra mujer. ¡Me dio tanta vergüenza que me quería morir! A pocos pasos de ella, dos niños rubios jugaban al fútbol.

—Tommy, no chutes tan fuerte, que tu hermana no puede cogerla —advirtió la mujer. Entonces se volvió hacia mí—. ¿Qué decías de un deseo? ¿Te has perdido? —Me miró preocupada.

Yo sabía que seguía roja como un tomate, pero no podía evitarlo.

—No, pensé que usted era…

—¡Tommy, ve a cogerlo tú! —gritó ella.

Los niños empezaron a pelear y la mujer se acercó a ellos apresuradamente.

—Siento haberla molestado —le dije—. Adiós.

Di media vuelta con la bici y comencé a pedalear a toda pastilla hacia casa.

Me daba una vergüenza horrible haberle dicho una cosa tan tonta a una desconocida. Pero sobre todo, estaba decepcionada. Había esperado encontrar a la Dama de la Esfera Mágica. «¿Dónde más puede estar?», me pregunté.

Recordé que le había enseñado el camino de la calle Madison. «A lo mejor tengo suerte y la encuentro por allí», me dije. La probabilidad era remota, pero yo estaba desesperada.

Di media vuelta y me dirigí hacia allí. El viento había arreciado y parecía cortarme la cara. Además me hacía llorar. A pesar de tener la vista borrosa, advertí que la mujer no estaba en la calle Madison. No me esperaba.

Los dos únicos seres vivos que había eran dos chuchos escuálidos que cruzaron la carretera, con las cabezas gachas para defenderse del viento.

Recorrí la calle unas cuantas veces, mirando las viejas casas del barrio. Fue una pérdida de tiempo.

Estaba congelada. Tenía entumecidas las orejas, la nariz. Y me caían lágrimas de frío por las mejillas.

—Déjalo ya, Sam —me dije en voz alta.

El cielo se oscureció más y más. Los nubarrones amenazaban con sepultar los trémulos árboles. Yo, triste y derrotada, di media vuelta y me puse a pedalear en dirección a casa, por el centro de la calzada, procurando que las ráfagas de viento no volcaran la bici.

Me detuve al ver la casa de Judith. Era una casa larga y baja, de madera, separada de la calle por una amplia extensión de césped. Decidí parar un momento para ver cómo estaba Judith.

«Así tendré ocasión de entrar un poco en calor», me dije. Me toqué la nariz. La tenía entumecida.

Entré tiritando en su jardín y dejé la bici sobre la hierba. Me froté la nariz para recuperar la sensibilidad y luego toqué el timbre.

La señora Bellwood pareció muy sorprendida de recibir visitas. Yo me presenté y le dije que pasaba por casualidad.

—¿Cómo está Judith? —pregunté con un poco de miedo.

—Igual —dijo ella preocupada. Tenía los mismos ojos verdes de Judith, pero su pelo era totalmente gris.

Me hizo entrar en el pasillo, que estaba muy caldeado. La casa olía a pollo asado y de pronto me di cuenta de que tenía hambre.

—¡Judith! ¡Tienes visita! —gritó la señora Bellwood desde las escaleras. Oí que alguien contestaba débilmente, pero no entendí las palabras—. Sube —me dijo la madre de Judith—. Pero no te estés mucho, no te vayas a contagiar.

Subí por las escaleras y encontré la habitación de Judith al fondo del pasillo. Me quedé dudando ante la puerta. Me decidí y asomé la cabeza. La habitación estaba en penumbras. Vi a Judith tumbada en la cama, encima de la colcha, con la cabeza apoyada en varias almohadas y rodeada de novelas, revistas y un par de manuales del colegio. Pero Judith no leía, tenía la mirada perdida.

—¿Zancuda? —exclamó al verme.

Entré en la habitación, tratando de sonreír.

—¿Cómo estás? —pregunté hablando bajito.

—¿Qué haces aquí? —contestó ella con frialdad. Su voz era ronca.

—I-iba en bicicleta y… —balbucí sorprendida por su enfado.

—¿En bicicleta con este frío? —Se incorporó haciendo un gran esfuerzo, se apoyó en la cabecera de la cama y me lanzó una mirada acusadora.

—Quería saber cómo estabas —susurré.

—¡Vete por ahí, Byrd! —gruñó.

—¿Eh?

—Eres una bruja, ¿verdad?

Me parecía increíble. Yo estaba alucinada. ¡Asombrada! No era una broma. ¡Judith hablaba en serio!

—¡Nos has embrujado! ¡Lo sé!

—Judith, por favor… ¿Qué dices?

—El año pasado, en clase de sociales, nos hablaron de las brujas —dijo ella con su ronquera—. Nos contaron que hacían hechizos y esas cosas.

—¡Eso es una tontería!

—Tú me tenías envidia, Sam. A mí, a Anna, a todas.

—¿Y qué? —grité indignada.

—Pues que de pronto todas las del equipo se ponen enfermas menos tú, Sam. Tú estás bien, ¿verdad?

—Judith, escucha…

—¡Eres una bruja, Sam! —chilló ella con voz rota. De pronto se

puso a toser.

—Judith, no dices más que tonterías. No soy una bruja. ¿Cómo iba a ser una bruja? Siento que estés enferma, de verdad, pero…

—Eres una bruja. Una bruja —murmuró Judith—. He hablado con las otras y todas están de acuerdo. Eres una bruja. ¡Bruja!

Yo estaba tan furiosa que me parecía que iba a estallar. Tenía los puños cerrados y el pulso se me aceleró. Judith había ido contando por ahí que yo era una bruja. ¿Cómo había podido hacer algo así?

—¡Bruja, bruja! —repitió.

Entonces perdí los estribos.

—¡Judith! —chillé—. ¡Yo nunca te habría hecho nada si no me hubieras tratado tan mal!

Enseguida me di cuenta de que había cometido un terrible error. Acababa de admitir que era responsable de su enfermedad. ¡Acababa de confesar que era una bruja! Pero estaba tan encolerizada que me dio igual.

—¡Lo sabía! —graznó Judith con su voz ronca, señalándome con un dedo acusador y con ojos encendidos.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué son esos gritos? —La madre de Judith apareció en la habitación y nos miró a las dos.

—¡Es una bruja! ¡Una bruja!

—¡Judith, cuidado con tu voz! ¡Ya está bien! —le ordenó la señora Bellwood, precipitándose hacia la cama. Se volvió hacia mí —. Dice… dice muchas tonterías. Por favor no le hagas caso.

—¡Es una bruja! ¡Lo ha confesado! ¡Es una bruja!

—Judith, por favor. Tienes que calmarte, tienes que descansar —le aconsejó su madre.

—Lo siento. Tengo que irme —dije.

Salí corriendo de la habitación, bajé por las escaleras y salí de la casa a toda prisa.

«¡Bruja! ¡Bruja!» Los roncos gritos de Judith me perseguían.

Estaba tan furiosa y tan humillada que iba a explotar.

—¡Ojalá Judith desapareciera! —grité—. ¡Ojalá!

—Muy bien. Ese será tu segundo deseo —dijo una voz a mis espaldas.

Me di la vuelta bruscamente y vi a la extraña mujer junto a la casa. Su largo pelo negro ondeaba al viento. Sus ojos relucían como

la brillante bola roja que llevaba en la mano.

—Anularé tu primer deseo —me dijo con voz profunda—. Y se cumplirá el segundo.

17

—¡No, espere!

La mujer sonrió y se cubrió la cabeza con el chal.

—¡Espere! ¡No lo decía en serio! —grité corriendo hacia ella—. ¡No sabía que estaba usted ahí! ¡Espere! ¡Ay!

Tropecé con una piedra y me caí de rodillas. El dolor me recorrió todas las piernas. Cuando alcé la vista, la mujer había desaparecido.

Después de cenar Ron accedió a jugar al baloncesto conmigo. Pero hacía demasiado viento y demasiado frío; y había empezado a nevar, de modo que bajamos al sótano a echar una partida de pimpón.

Es difícil jugar al pimpón en nuestro sótano. En primer lugar porque el techo es tan bajo que la pelota muchas veces rebota en él y, además, porque Punkin tiene la mala costumbre de salir detrás de ella y mordisquearla.

El pimpón es el único deporte que se me da bien. Tengo un servicio muy bueno y sé dar unos mates de cine. Por lo general le gano a Ron dos partidos de cada tres.

Pero esa noche no estaba concentrada en el juego.

—¿Qué pasa? —me preguntó mientras nos pasábamos la pelota de uno a otro.

Decidí que tenía que hablarle de la Dama de la Esfera Mágica, de la bola de cristal y de los tres deseos. Necesitaba contárselo a

alguien.

—Hace unos días ayudé a una mujer muy rara. Me concedió tres deseos, yo formulé uno y ahora las niñas de mi equipo de baloncesto se van a morir…

Ron dejó la paleta en la mesa y se quedó con la boca abierta.

—¡Qué casualidad! —respondió.

—¿Eh?

—¡Yo ayer me encontré con mi hada madrina! Me prometió convertirme en el hombre más rico del mundo y me va a regalar un Mercedes de oro con una piscina en el maletero.

Ron estalló en carcajadas. Se cree muy gracioso.

—¡Aaaaah! —grité yo desesperada. Le tiré la paleta y subí corriendo a mi habitación.

Cerré de golpe la puerta y me puse a pasear por el dormitorio con los brazos cruzados. No hacía más que repetirme que tenía que calmarme, que de nada servía comerse el coco. Pero, claro, no sólo no me sirvió de nada sino que acabé más neura.

Debía hacer algo para distraerme, para no pensar en Judith, en la Dama de la Esfera Mágica y en el nuevo deseo que había pedido sin querer.

Mi segundo deseo.

—¡No es justo! —grité, sin dejar de dar vueltas.

Al fin y al cabo yo no sabía que estaba formulando un deseo. ¡Aquella mujer me había engañado! Había surgido de la nada y me había hecho la pirula.

Me detuve delante del espejo y me puse a toquetearme el pelo. Lo tengo muy rubio y muy fino, tan fino que no se puede hacer gran cosa con él. Casi siempre lo llevo recogido en una coleta, a un lado. Vi ese peinado en la revista *Diecisiete años*; lo llevaba una modelo que se parecía a mí.

Intenté hacerme alguna otra cosa, sólo para estar ocupada. Sin dejar de mirarme en el espejo, me eché todo el pelo hacia atrás, luego me hice la raya en medio… Me quedaba fatal.

Además, aquello no servía de nada. No podía olvidarme de Judith. Volví a hacerme una coleta; me la cepillé un momento y

luego tiré el cepillo con un resoplido. Seguí dando vueltas por mi habitación.

La cuestión era: ¿se habría hecho realidad mi deseo? ¿Habría desaparecido Judith? Por mucho que la odiase, no quería ser la responsable de que desapareciera, para siempre.

Gemí y me tiré en la cama. ¿Qué podía hacer? Tenía que saber si el deseo se había hecho realidad, así que decidí llamar a casa de Judith. No hablaría con ella, le preguntaría a su madre cómo estaba. Ni siquiera diría quién era.

Volví a buscar el número de teléfono de Judith en el listín. No me acordaba de la otra vez.

Cogí el teléfono de mi mesilla con mano temblorosa y marqué el número. Tuve que intentarlo tres veces porque no hacía más que equivocarme.

Estaba muerta de miedo. Tragué saliva. Tenía un nudo en la garganta. El teléfono sonó una vez. Dos veces. Tres veces. ¿Habría desaparecido Judith?

18

Cuatro timbrazos y sin respuesta.

—Se ha ido —dije en voz alta, sacudida por un escalofrío. Pero antes de que sonara el teléfono por quinta vez, oí un «clic». Alguien había cogido el auricular.

—¿Diga?

—¡Judith!

—¿Diga? ¿Quién es?

Colgué de golpe. El corazón me iba a cien y tenía las manos sudorosas. Pero suspiré. De alivio. Era Judith. Estaba ahí, no había desaparecido de la faz de la tierra. Además, me di cuenta de que su voz volvía a ser normal. Ya no sonaba débil ni ronca. Sonaba tan antipática como siempre.

¿Qué significaba aquello? Me levanté de un brinco y me puse a dar vueltas otra vez, intentando aclarar aquel asunto. Pero no podía aclarar nada. Lo único que sabía es que mi segundo deseo no se había hecho realidad.

Descansada, me metí en la cama y enseguida me quedé profundamente dormida.

Abrí primero un ojo y luego el otro. El pálido sol de la mañana entraba por la ventana de la habitación. Gruñí y me incorporé. Aún estaba soñolienta.

Miré el reloj de la mesilla. ¿Veía bien? ¿Las ocho y diez? Me froté los ojos y volví a mirar. Sí, las ocho y diez.

—¿Eh? —carraspeé.

Mi madre me despierta todos los días a las siete porque entro en el colegio a las ocho y media.

¿Qué había pasado? Llegaría tarde de todas todas.

—¡Mamá! —grité—. ¡Mamá! —Me levanté de un salto, pero mis largas piernas se enredaron en las mantas y casi me caigo.

«Empezamos bien el día —me dije—. ¡La primera en la frente!»

—¡Mamá! —grité desde la puerta de la habitación—. ¿Qué ha pasado? ¡Voy a llegar tarde!

Al ver que no me contestaba me puse la bata y busqué en el armario precipitadamente algo para ponerme. Era viernes, día de colada, así que mi ropa preferida estaba sucia.

—Oye, mamá… ¿Mamá? ¿Ron? ¿Hay alguien en casa?

Mi padre se va todas las mañanas al trabajo a las siete. Casi siempre le oigo andar por la casa, pero esa mañana ni un ruido.

Me puse unos tejanos gastados y un suéter verde. Luego me peiné frente al espejo, todavía muerta de sueño.

—¿Hay alguien despierto? —grité—. ¿Por qué no me habéis despertado? Hoy no es fiesta, ¿verdad?

Escuché con atención mientras me ponía las Doc Martens.

La radio de la cocina no estaba encendida. «Qué raro», pensé. Mi madre oye las noticias de la radio todas las mañanas. Siempre discutimos por eso: ella quiere oír las noticias y yo quiero música.

Pero ese día no se oía nada de nada.

«¿Qué pasará?»

—¡Eh, no tengo tiempo de desayunar! —grité asomándome por la barandilla de las escaleras—. Llego tarde.

Silencio.

Me eché un último vistazo en el espejo, me aparté un mechón de pelo de la frente y salí corriendo al pasillo.

La habitación de mi hermano, que está junto a la mía, tenía la puerta cerrada.

«Oh, oh. Ron también se ha quedado dormido».

Llamé a la puerta.

—¿Ron? Ron, ¿estás despierto?

No hubo respuesta.

—¿Ron? —Abrí la puerta. La habitación estaba a oscuras

excepto por la pálida luz que entraba por la ventana. La cama estaba hecha.

¿Se habría marchado ya? ¿Y había hecho la cama? Sería la primera vez en su vida.

—¡Mamá!

Bajé corriendo por las escaleras. A medio camino tropecé y estuve a punto de caerme. Segundo traspié. No estaba mal, para ser tan temprano.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Es ya sábado? ¿He dormido todo el viernes?

La cocina estaba vacía. Ni mi madre, ni Ron ni desayuno.

¿Se habrían ido ya todos? ¿Tan temprano?

Miré en la puerta de la nevera por si había alguna nota.

Nada.

Qué extraño. Eché un vistazo al reloj. Eran casi las ocho y media. De fijo que llegaba tarde.

¿Por qué no me habían despertado? ¿Por qué se habían marchado todos tan temprano?

Me pellizqué, de verdad, pensando que tal vez estaba soñando.

Pero no cayó esa breva.

—Eh, ¿no hay nadie? —Mi voz resonó en la casa vacía.

Fui corriendo al armario de la entrada a coger mi chaqueta. Tenía que ir al colegio. Estaba segura de que el misterio se aclararía más tarde.

Me puse el abrigo a toda prisa y agarré mi mochila. El estómago me gruñía. Estoy acostumbrada a desayunar un zumo y cereales, por lo menos.

«Bueno —me consolé—, ya comeré algo en el colegio».

Un instante después salí de la casa y fui hacia el garaje para coger la bicicleta. Entonces me quedé de piedra.

El coche de mi padre seguía en el garaje. No se había ido a trabajar.

Entonces, ¿dónde estaban todos?

19

Entré en casa y llamé a la oficina de mi padre. El teléfono sonó y sonó sin que lo cogiera nadie.

Volví a la cocina por si encontraba algún mensaje, pero nada.

Al mirar el reloj vi que hacía veinte minutos que habían empezado las clases. Necesitaría una nota de mis padres para justificar mi retraso, pero no había nadie que pudiera escribirla.

Salí corriendo otra vez para coger mi bicicleta. «Más vale tarde que nunca», recordé. No estaba asustada, más bien sorprendida.

Ya llamaría a mi padre durante el recreo para enterarme de adonde se habían ido todos tan temprano. Mientras pedaleaba en dirección al colegio, empecé a enfadarme. ¡Por lo menos podían haber avisado!

En la calle no había coches, ni niños, ni bicicletas. Supuse que todo el mundo estaba ya en el colegio, o trabajando, o dondequiera que fuera la gente por la mañana. Llegué al colegio en un tiempo récord.

Aparqué la bicicleta, me eché la mochila al hombro y entré corriendo. Los pasillos estaban oscuros y desiertos. Mis pasos retumbaban.

Dejé el abrigo en mi taquilla y cuando cerré la puerta el ruido resonó en el pasillo vacío.

«Los pasillos dan miedo cuando están desiertos», pensé. Eché a correr hacia mi clase, que estaba unas cuantas puertas más allá.

«A mi madre se le ha olvidado despertarme y me he quedado dormida». Era la excusa que pensaba darle a Sharon nada más

entrar. Aunque no era una excusa, era la pura verdad.

Pero no tuve ocasión de disculparme por mi retraso. Al abrir la puerta de la clase me quedé sin habla.

Nadie. No había nadie en clase.

En la pizarra aún se veían los deberes que nos habían puesto el día anterior.

«Esto sí que es raro», me dije.

Aún no sabía lo raro que llegaría a ser.

De momento me quedé allí, muda, mirando fijamente el aula oscura y desierta. Hasta que por fin pensé que todos debían de estar reunidos en la sala de actos.

Fui hacia allí a toda prisa. De camino, me encontré con que la puerta de la sala de profesores estaba abierta. Me asomé y comprobé, sorprendida, que allí tampoco había nadie. Tal vez los profesores habían ido con los alumnos.

Unos segundos después abrí la doble puerta de la sala de actos y me quedé mirando la silenciosa oscuridad. No había ni un alma.

Salí de estampida. Me paré a mirar en todas las aulas y no tardé mucho tiempo en darme cuenta de que estaba sola en todo el edificio. Ni un solo alumno. Ningún profesor. Incluso miré en la cabina de los bedeles. Tampoco se veía a nadie.

«¿No será domingo?»

Intenté imaginar dónde podían estar, pero no pude. Entonces sentí la primera punzada de pánico. Metí una moneda en el teléfono público que había junto al despacho del director y llamé a mi casa.

Dejé que sonara por lo menos diez veces. No contestó nadie.

—Pero, ¿dónde están todos? —exclamé. La única respuesta fue el eco de mi voz—. ¿Hay alguien aquí? —grité haciendo altavoz con las manos.

Silencio.

De repente tuve mucho miedo. Tenía que salir del edificio. Cogí mi chaqueta y eché a correr. Ni siquiera me molesté en cerrar mi taquilla.

Fui a por mi bicicleta, la única que había aparcada. Tendría que haberme dado cuenta al llegar.

Empecé a pedalear en dirección a mi casa. Tampoco esta vez vi coches ni gente en la calle.

—¡Todo esto es muy raro! —grité.

De pronto me pesaban las piernas. El terror me estaba paralizando. El corazón me martilleaba en el pecho. Seguí mirando por todas partes, buscando desesperadamente a alguien.

A medio camino de mi casa, di la vuelta y me dirigí hacia el centro de la ciudad. La pequeña zona comercial estaba a pocas manzanas del colegio.

Iba con la bicicleta por en medio de la calzada. ¿Para qué ir por mi carril? No venían coches en ninguna dirección.

Primero apareció el banco a la vista, luego la frutería. A medida que pedaleaba con todas mis fuerzas, observé las tiendas que flanqueaban la avenida Montrose.

Todas estaban oscuras y desiertas.

No había ni un alma en mi ciudad.

Nadie.

Frené delante de la barbería. Me bajé de un salto de la bici y la dejé caer en el suelo. El único sonido en toda la calle eran los golpes de las contraventanas que el viento agitaba. El dueño de la barbería no las había asegurado.

—¡Hola! —grité a pleno pulmón—. ¡Holaaaaaa!

Eché a correr frenéticamente de una tienda a otra. Pegaba la cara a los escaparates para mirar dentro. Necesitaba encontrar a otro ser humano.

Recorrí los dos lados de la avenida. Mi miedo iba creciendo con cada paso que daba, con cada tienda vacía.

—¡Holaaaaa! ¡Holaaaa! ¿Me oye alguien?

Pero sabía que era una pérdida de tiempo.

Estaba en medio de la calle desierta. Estaba sola.

Sola en el mundo.

De pronto caí en la cuenta de que se había cumplido mi segundo deseo. Judith había desaparecido. ¡Y con ella todos los demás!

Todos. Mi madre, mi padre, mi hermano Ron. Todo el mundo. ¿Volvería a verlos alguna vez?

Me dejé caer en el bordillo, de espaldas a la barbería, y me abracé para dejar de temblar. Me sentía muy desgraciada.

«¿Y ahora qué? ¿Ahora qué?»

20

No sé cuánto tiempo estuve sentada en el bordillo, abrazada, con la cabeza gacha y muerta de miedo. Podría haberme quedado allí una eternidad, escuchando los golpes de las contraventanas y el silbido del viento en la calle desierta… pero mi estómago empezó a gruñir.

Me levanté, recordando que no había desayunado.

—Sam, estás sola en el mundo, ¿cómo puedes pensar en comer? —me pregunté en voz alta.

La verdad es que era un alivio oír una voz humana, aunque fuera la mía.

—¡Me muero de hambreeeeee! —grité.

Escuché por si oía una respuesta. Sé que no tenía sentido, pero me negaba a perder las esperanzas.

—Todo es por culpa de Judith —mascullé mientras cogía mi bicicleta.

Fui a casa por las calles desiertas, fijándome en los jardines y los edificios por si veía a alguien. Al pasar por delante de la casa de los Cárter, en mi misma manzana, esperé que su pequeño terrier blanco saliera ladrando detrás de mi bici, como hacía siempre.

Pero no quedaban perros en el mundo. Ni siquiera mi pobre Punkin. Sólo estaba yo, Samantha Byrd. La última persona del planeta.

En cuanto llegué, fui corriendo a la cocina y me hice un

bocadillo de mantequilla de cacahuete. Mientras lo engullía miré el tarro. Estaba casi vacío.

—¿Qué voy a hacer cuando se acabe la comida? —me pregunté en voz alta.

Fui a servirme un vaso de zumo de naranja. Dudé un momento y decidí llenarlo sólo a la mitad.

«¿Tendré que ir a robar al supermercado? —pensé—. Podría coger sólo la comida que necesitase». ¿Sería en realidad un robo si no quedaba nadie en ninguna parte? ¿Tenía sentido plantearse esa pregunta, dadas las circunstancias? ¿Tiene sentido algo cuando uno está solo?

—¿Cómo voy a cuidar de mí? ¡Sólo tengo doce años! —grité.

Por primera vez tuve ganas de llorar, pero le di otro mordisco al bocadillo y me esforcé por contener las lágrimas.

Entonces me puse a pensar en Judith, y de la tristeza pasé al enfado.

Si Judith no se hubiera burlado de mí, si no me hubiese dejado en ridículo, si no me hubiera hecho la vida imposible y no me hubiese dicho las cosas horribles que me decía, yo jamás le habría deseado nada malo y ahora no estaría sola.

—¡Te odio, Judith!

Me comí el resto del bocadillo, pero no pude ni masticarlo. Se me puso la piel de gallina.

Se oía algo.

Pasos. Alguien andaba en el salón.

21

Me tragué el bocado entero y me dirigí hacia el salón.

—¿Mamá? ¿Papá?

¿Habrían vuelto?

No. Me detuve en la puerta al ver a la Dama de la Esfera Mágica. Estaba en el centro de la habitación, con una satisfecha sonrisa. La luz que entraba por la ventana hacía relucir sus cabellos. Llevaba el chal rojo sobre los hombros y un largo vestido negro.

—¡Usted! —exclamé asombrada—. ¿Cómo ha entrado?

Ella se encogió de hombros y sonrió aún más.

—¿Por qué me ha hecho esto? —chillé, indignada a más no poder—. ¿Cómo ha podido hacerme esto?

—No he sido yo —contestó la mujer con toda tranquilidad.

Se acercó a la ventana. Al ardiente sol del mediodía su piel se veía pálida y arrugada. Parecía muy vieja.

—Pero… pero… —tartamudeé. Estaba tan furiosa que no podía ni hablar.

—Fuiste tú —dijo ella, poniéndose seria—. Tú formulaste el deseo y yo lo hice realidad.

—¡Yo no deseé que desapareciera mi familia! —grité, apretando los puños—. ¡Yo no deseé que desapareciera todo el mundo! ¡Ha sido usted! ¡Usted!

—Tú deseaste que Judith Bellwood desapareciera —dijo la Dama de la Esfera Mágica, y se acomodó el chal sobre los hombros —. Yo cumplí tu deseo lo mejor que pude.

—¡No. Usted me engañó! —le espeté.

Ella sonrió.

—La magia suele ser impredecible. Ya me imaginé que no estarías contenta con tu último deseo. Por eso he vuelto. Te queda un deseo. ¿Quieres formularlo ahora?

—¡Sí! Quiero que vuelva mi familia. Quiero que vuelva todo el mundo. Quiero…

—Ten cuidado —me advirtió mientras sacaba del bolso la bola mágica—. Piénsatelo bien antes de formularlo. Quiero corresponder a la amabilidad que tuviste conmigo y no me gustaría que fueras desgraciada por tu último deseo.

Fui a decir algo, pero me detuve. La Dama de la Esfera tenía razón. Debía tener cuidado. Esta vez debía formular bien mi deseo, con las palabras adecuadas.

—Tómate tu tiempo —me recomendó—. Puesto que es tu último deseo, no te podrás volver atrás. Piénsatelo.

Yo la miré a sus ojos negros, que se tornaron rojos por el resplandor de la bola mágica. Me concentré todo lo que pude.

¿Qué podía desear?

22

La luz que entraba por la ventana se desvaneció cuando unas nubes ocultaron el sol. La cara de la Dama de la Esfera Mágica empezó a oscurecerse y la frente se le pobló de arrugas. La mujer parecía haber encogido en las sombras y las cuencas de sus ojos eran más negras que la noche.

—Éste es mi deseo —dije yo con voz temblorosa, muy despacio.

Quería pensar bien cada palabra para no meter la pata otra vez. No quería equivocarme o precipitarme de nuevo.

—Te escucho —susurró ella. Ahora sus ojos brillaban como el fuego.

Carraspeé y tomé aliento.

—Éste es mi deseo —repetí lentamente—. Deseo que todo vuelva a la normalidad. Quiero que todo sea exactamente como antes… pero…

Dudé. ¿Debía terminar la frase? «¡Sí!», me dije.

—Deseo que todo sea como antes pero quiero que Judith piense que soy la persona más perfecta del mundo.

—Te concedo tu tercer deseo —dijo ella, levantando la bola mágica—. Tu segundo deseo queda cancelado. El tiempo retrocederá hasta esta misma mañana. Adiós, Samantha.

—Adiós —contesté.

Me vi envuelta en el radiante resplandor rojo.

Cuando se desvaneció, la Dama de la Esfera Mágica había desaparecido.

—¡Sam! ¡Sam! ¡Venga, despierta!

La voz de mi madre llegaba desde la planta baja. Me incorporé en la cama, totalmente espabilada.

—¡Mamá! —exclamé feliz.

Me acordaba de todo. Recordaba haber despertado sola en casa, en un mundo desierto. Y recordaba mi tercer deseo.

El tiempo había retrocedido. Eché un vistazo al reloj. Las siete. Mi madre me había despertado a la hora de siempre.

—¡Mamá!

Me levanté de un brinco, bajé corriendo en camisón y me arrojé en sus brazos.

—¡Mamá!

—¡Sam! ¿Te encuentras bien? —Mi madre retrocedió sobresaltada—. ¿Tienes fiebre?

—¡Estoy estupendamente! —exclamé, más contenta que unas castañuelas, y abracé a Punkin, que parecía tan perplejo como mi madre—. ¿Está papá en casa todavía?

Me moría de ganas de verlo, de comprobar que había vuelto.

—Se marchó hace un minuto —dijo mi madre, todavía mirándome con recelo.

—¡Qué lástima! —me lamenté. Pero mi alegría fue más fuerte, volví a abrazarla.

—Uaaaahh —bostezó alguien. Era Ron.

Al darme la vuelta vi que me miraba con expresión incrédula. Me acerqué corriendo a él y lo abracé también.

—¡Quita! Mamá, ¿qué le has puesto en la leche? —protestó, tratando de zafarse—. ¡Suéltame!

Mamá se encogió de hombros.

—A mí no me preguntes nada. A tu hermana no hay quien la entienda —dijo dejándome por imposible. Y se puso a preparar el desayuno—. Ve a vestirte, Sam, que vas a llegar tarde.

—¡Qué día más bonito!

—Sí, precioso —me contestó Ron con otro bostezo—. Debes haber soñado algo increíble, Sam.

Me moría de ganas de llegar al colegio. Estaba deseando ver a

mis amigos, ver los pasillos llenos de gente hablando y riendo.

Pedaleé como nunca, sonriendo a cada coche que pasaba. Me encantaba ver gente de nuevo. A la señora Miller, que había salido a la calle a coger el periódico, la saludé con la mano.

Ni siquiera me importó que el perro de los Cárter echara a correr tras de mí, ladrando con aquella voz chillona y mordiéndome los calcetines.

—¡Hola, perro!

«Todo es normal —me dije—. Todo es maravillosamente normal».

Cuando abrí la puerta del colegio, oí el alboroto de las puertas de las taquillas y los gritos de mis compañeros.

—¡Genial! —dije en voz alta.

Un chico más pequeño que yo salió disparado de una esquina y se estrelló con fuerza contra mí.

Casi me tiró al suelo, pero en lugar de gritarle me limité a sonreír.

Estaba muy contenta de estar en mi colegio de siempre, atestado y ruidoso.

Abrí la taquilla, sin dejar de sonreír, y saludé alegremente a unos amigos que estaban en el otro extremo del pasillo.

¡Hasta le di los buenos días a la señora Reynolds, la directora!

—¡Eh, Zancuda! —me gritó un chico de mi curso. Me hizo una mueca y desapareció tras una esquina.

No me importó. Ya no me importaba lo que me llamaran. Oír tantas voces era maravilloso.

Mientras me quitaba la chaqueta, vi que llegaban Judith y Anna. Venían hablando. Judith se detuvo al verme.

—Hola, Judith —dije con cautela. Me pregunté cuál sería ahora su actitud. ¿Me trataría de forma diferente? ¿Sería más agradable conmigo? ¿Recordaría lo mucho que nos odiábamos? ¿Habría cambiado?

Judith se despidió de Anna con un gesto y se me acercó.

—Buenos días, Sam —me deseó con una sonrisa.

Entonces se quitó el gorro de lana y yo me quedé de una pieza.

23

—¡Judith! ¡Tu pelo! —exclamé asombrada.

—¿Te gusta? —preguntó ella ansiosa por oír mi respuesta.

Lo llevaba más corto que yo y se lo había recogido en una coleta, a un lado… ¡Igual que el mío!

—Pues… sí —balbucí.

Ella suspiró aliviada y me sonrió.

—¡Menos mal que te gusta! —suspiró agradecida—. Es como el tuyo, ¿verdad? ¿O me lo he cortado demasiado? ¿Crees que debería habérmelo dejado más largo? —Observó mi pelo—. Creo que tú lo llevas más largo.

—No, no. Te queda muy bien, Judith —le aseguré, retrocediendo hacia mi taquilla.

—Claro que no es tan bonito como el tuyo —prosiguió ella, mirándome la coleta—. No tengo el pelo tan bonito como tú. No es tan fino ni tan rubio.

¡Era increíble!

—A mí me gusta —le dije por ser educada.

Colgué mi chaqueta en la taquilla y me agaché para coger mi mochila.

—Deja, ya te la llevo yo —se ofreció Judith, casi quitándomela de las manos—. No me importa, de verdad, Sam.

Yo quise protestar, pero Anna nos interrumpió.

—¿Qué haces? —le preguntó a Judith. Y me miró por encima del hombro—. Vamos a clase.

—Ve tú sola —contestó Judith—. Yo quiero llevarle a Sam la

mochila.

—¿Eh? —Anna se quedó estupefacta—. ¿Te has vuelto loca?

Judith ignoró la pregunta y se volvió hacia mí.

—Me encanta esa camiseta, Sam. Es de algodón, ¿no? ¿Dónde la has comprado, en Gap? Allí me compré yo la mía. Ves, es como la tuya.

Me la quedé mirando. Alucinaba por un tubo. Era verdad: Judith llevaba una camiseta como la mía.

—Pero, ¿qué te pasa, Judith? —preguntó Anna, mientras se ponía la décima capa de carmín en los labios—. ¿Y qué te has hecho en el pelo? —exclamó al darse cuenta del nuevo peinado.

—¿Verdad que es como el de Sam? —dijo Judith, tocándose la coleta.

Anna puso los ojos en blanco.

—Judith, ¿qué te pasa?

—Déjame en paz —le espetó su amiga—. Estoy hablando con Sam.

—¿Eh? —Anna le puso la mano en la frente, para ver si tenía fiebre.

—Deja… oye, mira, nos vemos luego —le contestó Judith.

Anna suspiró y se marchó enfadada. Judith se volvió hacia mí.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro. ¿Qué quieres?

Ella se puso mi mochila sobre el hombro izquierdo. La suya la llevaba en el derecho.

—¿Podrías enseñarme a lanzar tiros libres?

Pensé que no la había oído bien. Me la quedé mirando con la boca abierta.

—Anda —suplicó—. Me gustaría tirar como tú. Seguro que controlo mucho mejor la pelota si tú me enseñas.

¡Aquello era demasiado! Miré a Judith y vi en sus ojos que me admiraba. ¡Ella era la mejor lanzadora del equipo y me estaba suplicando que la enseñara a tirar! ¡Con lo torpe que soy!

—Sí, bueno, intentaré ayudarte.

—¡Gracias, Sam! —Judith estaba encantada—. ¡Eres una buena amiga! Oye, ¿me podrías dejar luego tus apuntes de sociales? Los míos son un desastre.

—Bueno… —Mis apuntes eran tal caos que ni yo misma los entendía.

—Los copiaré y te los devolveré enseguida, te lo prometo. —Lo dijo resoplando. El peso de las dos mochilas empezaba a poder con ella.

—Vale, te los dejaré.

—¿Dónde te has comprado las Martens? —quiso saber—. Me voy a comprar unas botas iguales.

«¡Qué pasada! —me dije muy orgullosa—. ¡Qué alucine!» El cambio de Judith era para morirse de risa y tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no estallar en carcajadas.

Lejos estaba yo de saber que mi risa se transformaría en terror.

24

Aquello empezaba a ser una lata. No había forma de que Judith me dejara en paz. La tenía pegada a los talones todo el santo día. Si me levantaba a sacar punta al lápiz, ella me seguía y sacaba punta también. Y así todo.

Durante un examen de ortografía me quedé con la boca seca y le pregunté a la profesora si podía ir a la fuente. Mientras estaba inclinada, bebiendo, vi de reojo que Judith estaba detrás de mí.

—Yo también tengo la garganta seca —explicó. Y fingió aclararse la garganta.

Más tarde, en la hora de lectura, Sharon tuvo que separarnos porque Judith no paraba de hablar.

En el almuerzo me senté, como siempre, enfrente de Cory y justo estaba contándole lo de la nueva actitud de Judith cuando ella apareció.

—¿Puedes hacerme sitio? —le preguntó al chico que se sentaba a mi lado—. Quiero ponerme junto a Sam.

El chico se apartó y Judith dejó su bandeja en la mesa y se sentó.

—¿Quieres que nos cambiemos el almuerzo? —me propuso—. El tuyo tiene muy buena pinta.

Mi bocadillo estaba aplastado y chorreaba aceite.

—¿Esto? —dije, cogiéndolo como si mordiera. La mitad del atún se cayó al suelo.

—¡Pero qué buena pinta! Te lo cambio por mi pizza, Sam. Toma. —Me puso su bandeja delante—. Siempre traes unos almuerzos

increíbles. Ojalá mi madre me los preparase igual.

Noté que Cory me miraba con los ojos desorbitados por la incredulidad. La verdad es que yo tampoco podía creer lo que estaba pasando. ¡Lo que Judith más deseaba en el mundo era ser exactamente como yo!

Anna estaba unas mesas más allá, en un extremo, sola. Estaba que echaba humo. Vi que nos miraba con el ceño fruncido, pero al instante volvió a fijar la vista en su almuerzo.

Después de comer Judith me siguió a mi taquilla, me ayudó con mis cosas y se ofreció para llevarme la mochila.

Al principio me había parecido gracioso, pero me estaba empezando a mosquear. La verdad es que aquello era un agobio.

Vi que unas chicas se reían de nosotras. Dos chicos de la clase nos siguieron por el pasillo entre risitas y oí que en los corros hablaban de Judith y de mí. Se callaron cuando pasábamos por delante, pero nos miraban con sonrisas burlonas.

«Me está haciendo quedar en ridículo. ¡Todo el colegio se ríe de nosotras!»

—Me han dicho que te van a poner alambres en los dientes —comentó Judith mientras íbamos hacia la clase.

—Sí —gruñí yo.

—¡Va a ser tope! ¡A mí también!

Después de clase fui corriendo a la pista, quería jugar al baloncesto. Con toda la movida de los deseos se me había olvidado que teníamos un partido esa tarde.

Las niñas del equipo del colegio Edgemont ya estaban calentando. La mayoría de sus lanzamientos entraban. Eran chicas altas, fuertes, y habíamos oído que jugaban de miedo.

Me cambié rápidamente y salí del vestuario. Mis compañeras estaban reunidas en torno a Ellen, recibiendo las instrucciones de última hora. Al acercarme a ellas crucé los dedos y recé para no hacer el ridículo durante el partido.

Judith me sonrió y de pronto gritó:

—¡Tranquilas! ¡Ahí viene nuestra estrella!

¡Qué vergüenza! ¡Me quería morir! Anna y las otras se rieron,

claro, pero sus risas se desvanecieron de golpe cuando Judith volvió a interrumpir a Ellen.

—Antes de que empiece el partido, creo que deberíamos nombrar a Sam capitana del equipo.

—Pero, ¡qué dices! —protestó Anna.

Más risas. Ellen tenía los ojos a cuadros.

—La capitana debería ser la mejor jugadora —insistió Judith con toda seriedad—. Así que el puesto le pertenece a Sam, no a mí. Las que estén a favor que levanten la mano.

Judith alzó la suya, nadie la imitó.

—Pero, ¿qué te pasa? —le preguntó Anna de mal humor—. ¿Qué quieres, Judith, buscarnos la ruina?

Judith y Anna se pusieron a discutir a gritos y Ellen tuvo que separarlas. La entrenadora se quedó mirando a Judith como si pensara que estaba mal de la cabeza o algo así.

—Ya veremos luego quién es la capitana —dijo—. Ahora vamos a salir a jugar lo mejor que sabemos, ¿de acuerdo?

El partido fue un desastre.

Judith imitaba todo lo que yo hacía. Si yo intentaba regatear y tropezaba, Judith regateaba y tropezaba también. Si yo lanzaba un pase que era interceptado, Judith hacía lo mismo.

Cuando fallé un tiro muy fácil, sola ante la canasta, Judith me imitó, tirando mal deliberadamente cuando tuvo ocasión.

Fue una pifia detrás de otra; además por partida doble, porque Judith no hacía más que imitarme. Y todo el tiempo batía palmas y gritaba para animarme:

—¡Muy bien, Sam! ¡Buen tiro, Sam! ¡Eres la mejor, Sam!

Me estaba comenzando a agobiar.

Las chicas del equipo del Edgemont se burlaban de nosotras y estallaron en carcajadas cuando Judith chocó contra las vallas sólo porque yo lo había hecho unos minutos antes.

Las que no se reían eran las otras jugadoras de mi equipo. Echaban chispas.

—¡Estás fallando a propósito! —acusó Anna a Judith a mitad del partido.

—¡No es verdad! —chilló la otra.

—¿Por qué imitas a la patosa de Sam? —oí que preguntaba Anna.

Judith la tiró al suelo y se pusieron a pelear como leonas. Ellen necesitó la ayuda del árbitro para separarlas. Luego les soltó un sermón sobre deportividad y las mandó al vestuario.

A mí me hizo sentar en el banquillo. Yo me alegré. La verdad es que no me apetecía seguir jugando.

Me quedé allí el resto del partido, pero no seguía el juego. No dejaba de pensar en mi tercer y último deseo. Había vuelto a meter la pata.

Me di cuenta, horrorizada, de que la admiración de Judith era mucho peor que su odio. ¡Por lo menos cuando me odiaba a ratos me dejaba en paz!

Había formulado tres deseos y cada uno de ellos se había convertido en una pesadilla. Ahora Judith me seguía por todas partes, pendiente de cada una de mis palabras, alabando constantemente todo lo que yo hacía y haciéndome fiestas como a un perrito. ¡Mira que era plasta!

La verdad es que echaba de menos los días en que me dejaba en ridículo delante de toda la clase, cuando me decía: «¿Por qué no levantas el vuelo? ¿Eh, Zancuda?»

Pero, ¿qué podía hacer? Ya había formulado mis tres deseos. ¿Estaría condenada a soportar a Judith hasta el fin de mis días?

Perdimos el partido por quince o dieciséis puntos, no presté mucha atención al marcador. Sólo quería marcharme.

Cuando entré en el vestuario, Judith me estaba esperando. Me ofreció una toalla.

—¡Buen partido! —exclamó, dándome unas palmaditas en el hombro.

—¿Eh?

—¿Quieres que estudiemos juntas esta tarde? —me propuso—. Por favor. Podrías ayudarme con el álgebra. Se te da mucho mejor que a mí. Tú eres un genio con las matemáticas.

Por suerte esa tarde tenía que ir a ver a mi tía con mis padres, lo

cual me brindó una buena excusa para no estudiar con Judith.

Pero, ¿cuál sería mi excusa la tarde siguiente? ¿Y la otra? ¿Y la otra…?

Mi tía no se encontraba bien, y el propósito de nuestra visita era animarla un poco, pero me temo que no fui de gran ayuda. Apenas dije una palabra.

No podía dejar de pensar en Judith. ¿Qué iba a hacer? Podía decirle que me dejara en paz, pero sabía que no serviría de nada. Había deseado que pensara que yo era la persona más perfecta del mundo y ahora Judith estaba hechizada, bajo el poder de la bola mágica. Por mucho que le dijera que me dejara tranquila no iba a cambiar de actitud.

¿Y si la ignoraba? No sería fácil. Se había convertido en mi sombra y no dejaba de hacerme preguntas y de comportarse como si fuera mi esclava.

¿Qué podía hacer?

Estuve meditándolo todo el trayecto de vuelta a casa. Hasta mis padres advirtieron que estaba absorta.

—¿Te pasa algo, Sam? —preguntó mi madre cuando llegamos.

—No, nada —mentí—. Estaba pensando en los deberes del colegio.

En el contestador automático había cuatro mensajes para mí, todos de Judith. Mi madre me miró con curiosidad.

—Tiene gracia, yo no recuerdo que fuerais amigas.

—Sí, es una chica de mi clase. —No iba a explicar nada. No podía.

Subí corriendo a mi habitación. Estaba cansadísima, supongo que de tanto preocuparme. Me puse el camisón, apagué la luz y me metí en la cama.

Me quedé un rato mirando el techo, viendo moverse las sombras que allí dibujaba el árbol que hay junto a mi ventana. Intenté dejar la mente en blanco. Luego comencé a contar ovejitas, me las imaginaba saltando sobre esponjosas nubes muy blancas.

Justo empezaba a dormirme cuando oí un crujido. Abrí de golpe los ojos y pese a la oscuridad vi una sombra negra perfilada contra mi armario.

Me asusté. Había alguien en mi habitación. Pero antes de que

pudiera hacer nada, una mano me cogió del brazo.

25

Quise gritar, pero la mano me tapó la boca.

«¡Me voy a ahogar! —pensé, muerta de miedo—. ¡No puedo respirar!»

—Shhh, no grites —susurró mi atacante.

Se encendió la luz y la mano se apartó de mi boca.

—¡Judith! —dije en un susurro.

Ella me sonrió; sus ojillos verdes chispeaban de emoción. Se llevó el dedo a los labios.

—Shhh.

—¡Judith! ¿Qué haces aquí? —le pregunté subiendo un poco la voz. El corazón me latía todavía tan deprisa que parecía que se me iba a salir del pecho—. ¿Cómo has entrado?

—La puerta trasera estaba abierta. Me escondí en el armario. Creo que me he quedado dormida un rato.

—Pero, ¿por qué? —Me incorporé y puse los pies en el suelo. Aquello era demasiado—. ¿Qué quieres?

Su sonrisa se desvaneció. Judith apretó los labios.

—Dijiste que podíamos estudiar juntas —gimió con voz de niña pequeña—. Así que te estaba esperando.

Aquello era la gota que colmaba el vaso.

—¡Fuera de aquí! —le ordené.

Fui a decir algo más, pero me sobresalté al oír un golpe en la puerta.

—Sam, ¿estás bien? —Era la voz de mi padre—. ¿Estás hablando con alguien?

—No, papá, no.

—No estarás hablando por teléfono, ¿verdad? —me preguntó con tono desconfiado—. Sabes que no se puede llamar a nadie a estas horas.

—Sí, ya… Buenas noches, papá.

Esperé hasta oírle bajar las escaleras y entonces me volví hacia Judith.

—Tienes que irte a tu casa —susurré—. En cuanto no haya moros en la costa…

—Pero, ¿por qué? —me preguntó ella, dolida—. Dijiste que estudiaríamos álgebra.

—¡No dije nada! —exclamé—. Además, es muy tarde. Tienes que irte a tu casa. Tus padres deben estar muy preocupados, Judith.

Ella negó con la cabeza.

—Salí sin que me vieran. Creen que estoy dormida. Pero que te preocupes por mis padres demuestra que eres una tía muy legal. Tienes unos detalles…

Su estúpido cumplido me puso a cien. Estaba tan furiosa que me vinieron ganas de estrangularla.

—Me encanta tu cuarto —dijo mirando a su alrededor—. ¿Has escogido tú los pósters?

Yo resoplé.

—Judith, quiero que te vayas a tu casa ahora mismo. —Lo pronuncié despacito, palabra por palabra.

—¿Podemos estudiar juntas mañana? —suplicó ella—. Necesito que me ayudes, de verdad, Sam.

—Ya veremos —contesté—. Pero no quiero que vuelvas a entrar así en mi casa y…

—Tienes un gusto con la ropa… ¿De dónde has sacado ese camisón? Es precioso. Ojalá tuviera uno igual.

Le hice una señal de que se callara y salí en silencio al pasillo. Todas las luces estaban apagadas. Mis padres se habían acostado. No había moros en la costa.

Cogí a Judith de la mano y me la llevé escaleras abajo, de puntillas. Luego prácticamente la saqué a empujones por la puerta y cerré con cuidado.

Me quedé en el vestíbulo, a oscuras. Estaba jadeando y la cabeza

me daba vueltas a mil por hora.

«¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?»

Tardé una eternidad en dormirme; y cuando por fin lo conseguí, soñé con Judith.

—Pareces cansada, cariño —me dijo mi madre durante el desayuno.

—No he dormido muy bien —contesté. Era la verdad.

Cuando salí de casa, Judith ya me estaba esperando en la calle. Sonrió y me saludó alegremente.

—He pensado que podíamos ir juntas al colegio. Pero si quieres ir en bici yo puedo ir corriendo a tu lado.

—¡No! —chillé—. ¡No! ¡Por favor!

Perdí totalmente los estribos. Ya no podía soportarlo más. Dejé caer la mochila y eché a correr. No sabía adonde iba, pero me daba igual. Sólo deseaba alejarme de Judith.

—¡Sam, espera! ¡Espera!

Giré la cabeza y vi que me perseguía.

—¡No, por favor! ¡Vete! ¡Vete!

Pero ella iba acortando distancias. Sus pasos resonaban en la acera. Me metí en el jardín de una casa, salté la valla, me metí entre unos setos. A ver si la despistaba.

No me paré a pensar en lo que estaba haciendo. ¡Sólo quería librarme de ella!

Seguí huyendo a través de los jardines de las casas del barrio. Judith me seguía, corriendo a toda velocidad. Su corta coleta brincaba de un lado a otro.

—¡Espera, Sam! ¡Sam! —gritaba sin aliento.

Me metí en el bosque, entre aquella densa maraña de árboles y arbustos. Iba en zigzag, primero hacia un lado, luego hacia el otro, saltando por encima de ramas caídas; a veces los pies se me hundían en aquella alfombra de hojas muertas que cubría la tierra.

«¡Tengo que despistarla! —me decía a mí misma—. ¡Tengo que escapar!»

Entonces tropecé con una raíz y me caí de bruces sobre las hojas secas. Típico en mí.

Un segundo después Judith estaba a mi lado.

26

Alcé la vista del suelo y me quedé de piedra. ¡No era Judith!

La Dama de la Esfera me miraba intensamente con sus ojos negros. Llevaba su chal rojo en torno a los hombros.

—¡Usted! —grité furiosa, intentando levantarme.

—No eres feliz ¿verdad? —me dijo casi dulcemente.

—¡Sus deseos me han arruinado la vida! —me quejé mientras me sacudía las hojas secas del suéter.

—Yo no deseo que seas desgraciada. Yo sólo pretendía corresponder a tu amabilidad.

—¡Ojalá no la hubiera conocido nunca!

—Muy bien. —La Dama de la Esfera Mágica levantó la bola roja con una mano y sus ojos oscuros resplandecieron—. Anulo tu tercer deseo. Y como has sufrido tanto, te voy a conceder otro.

Oí un crujir de hojas a mis espaldas. Judith se acercaba.

—¡Ojalá no la hubiera conocido nunca! —exclamé—. ¡Ojalá la hubiera conocido Judith en mi lugar!

La bola roja brilló cada vez más y más hasta que su luz pareció envolverme. Cuando se desvaneció yo me encontraba en el lindero del bosque.

«¡Uf, qué alivio! —pensé—. ¡Menos mal!»

Judith y la Dama de la Esfera estaban a la sombra del grueso tronco de un árbol, hablaban, muy cerca la una de la otra.

«¡Es la venganza perfecta! —me dije—. ¡Ahora Judith formulará un deseo y será su ruina!»

Riéndome para mis adentros, me esforcé por descifrar lo que

decían. Me moría de ganas de saber lo que Judith iba a desear. Por los labios parecía como si dijera: «Que levante el vuelo la Zancuda».

Pero eso no tenía sentido. ¡Yo era feliz! ¡Tan feliz! Era libre, totalmente libre. Me sentía diferente, más ligera, más feliz.

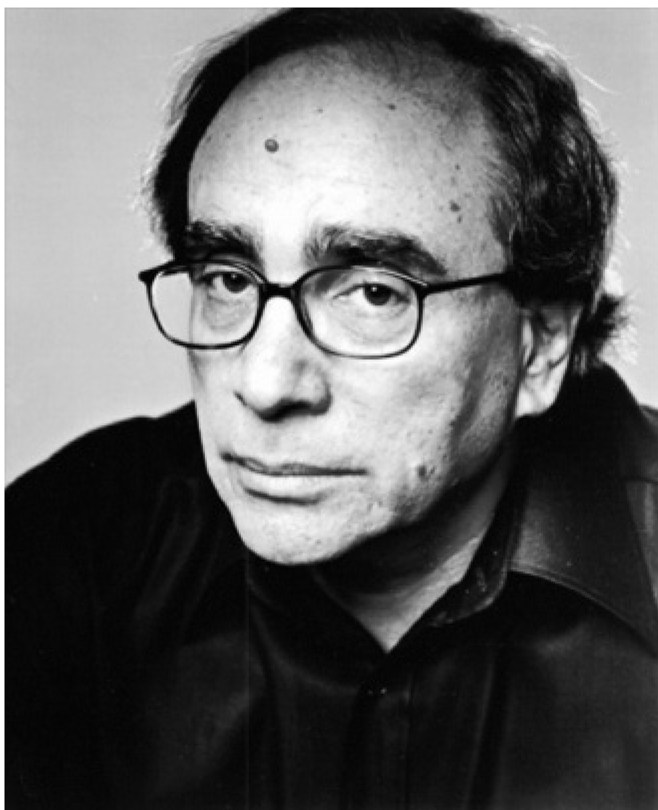
«Que Judith formule sus tres deseos. ¡Ya verá lo que es bueno!»

Ladeé la cabeza y vi un gusano que asomaba sobre la tierra. De pronto tenía mucha hambre. Bajé rápidamente la cabeza, atrapé al gusano y me lo comí.

Estaba riquísimo.

Moví las alas, comprobando el viento, y entonces alcé el vuelo. Me deslizaba sobre los árboles. La brisa me refrescaba las plumas. Aleteé con más fuerza, gané altura, y al mirar hacia abajo, vi a Judith.

Estaba con la Dama de la Esfera y me miraba fijamente. Supongo que se había cumplido su primer deseo, porque en su rostro se dibujaba una inmensa sonrisa.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

Ha logrado que *ocho* de los *diez* libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos sean suyos. De sus relatos, editados en las colecciones *Pesadillas* y *La calle del terror*, se han vendido millones de ejemplares en todo el mundo.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.

Bob creció en Columbus, Ohio, y en la actualidad vive cerca de Central Park, en Nueva York.